[285] LIBRO DÉCIMO

CAPÍTULO PRIMERO

SOBRE LOS TIEMPOS[1]

|La palabra *tempora* [tiempos] proviene de *temperare*[2], bien porque cada uno de sus espacios está medido separadamente, bien porque todo el curso de la vida mortal está formado de instantes, horas, días, meses, años, lustros y siglos[3] [...], pues sabido es que el cómputo del tiempo está dividido según una triple razón: la naturaleza, la costumbre o la disposición de una autoridad, que, a su vez, es doble. En efecto, puede tratarse de una determinación tomada por el hombre, como es el caso de las Olimpíadas, que se celebran cada cuatro años; las *nundinae*[4], cada nueve[5] días; las Convocaciones, cada catorce años (también los griegos, egipcios y romanos, cada uno por su cuenta, dispusieron intercalar un día, que está compuesto de cuatro partes, en el mes de Febrero o de Agosto), o puede tratarse de un mandato divino, como es el caso del Sábado, que mandó Dios en la Ley que se celebrase cada siete días [cf. Éx 20,8-11], o la abstinencia de trabajar la tierra, cada siete años [cf. Lev 25,4], o la convocación de un jubileo, cada cincuenta [cf. Lev 25,10] [...].

Por lo que a la naturaleza se refiere, encontramos que el año solar consta de trescientos sesenta y cinco días y la cuarta parte de otro; pero que el año lunar, si es común, consta de trescientos cincuenta y cuatro días, más, si se trata de un año embolismal, su duración es de *trescientos* ochenta y cuatro días, y la luna tarda diecinueve meses en dar un giro completo.

Pero hallamos también que los astros errantes y los que ocupan sus propios espacios[6] giran en torno al Zodíaco. La naturaleza de tales astros no se debe —como afirma la demencia de los paganos— a la obra de una de las tantas diosas creadoras, sino a la acción del único verdadero Dios, cuando dio orden a las estrellas puestas en el cielo de que fueran señales que marcaran los tiempos, los días y los años [cf. Gén 1,14][7].

Ahora bien, el tiempo, que los griegos llaman *chrónos*, se extiende desde el comienzo del mundo hasta el final de los tiempos y —como más arriba quedó dicho— se divide en momentos,

---

[1]Sigue BEDA , *De temp. rat.*, 2 (PL 90, 0298C-0302A).

[2]TL, *temperamento*; Beda, *temperando*, en el sentido de combinación proporcionada de un todo, moderación, justa medida de una cosas, etc.

[3]TL, *annis, lustris saeculisque*; Beda, *annis saeculisque*.

[4]Mercado que se celebra en Roma.

[5]TL, *octo.*

[6]TL, *sidera suisque spatiis zodiaco*; Beda, *sidera suis quaeque spatiis zodiaco.*

[7]Sigue *Rab.*; cf. *Clav.*, 4,60 (pág. 20).

horas, días, meses, años, lustros, siglos y edades.

Significa este tiempo la conveniente distribución de la voluntad divina, como por ejemplo: «*Los ojos de todos en ti esperan, Señor, y tú les das su comida en tiempo oportuno*» (Sal 144,15); o también: «*Es tiempo de hacer, Señor; han destruido tu Ley*» (Sal 118,126)[8].

Previendo[9], en efecto, el pueblo devoto, en tiempos de Antíoco, que la plebe judía iba a manchar la Ley del Señor con culto demoníaco, como el enfermo clama al médico, tiempo es de intervenir para que la enfermedad no se agrave y pueda el pueblo recuperar la salud, tiempo es de hacer lo que hay que hacer, que no es tiempo de aguardar más.

Pues, como verdadero Señor, había mandado por la Ley y los Profetas cuanto el hombre debía cumplir con piadosísima devoción; pero, puesto que para su propia perdición la obstinación de los judíos despreció tal cosa, clama el pueblo fiel que es hora de hacer, es decir, de que aparezcas para salvar al mundo, de que borres los pecados, venzas la muerte y prosternes al mismo diablo con toda su cohorte.

Éste es, en efecto, el hacer del Señor: intervenir en los tiempos antes dichos. De ahí las palabras del Profeta: *En tiempo propicio te escuché* (Is 49,8). También el Apóstol: «*He aquí que ahora es el tiempo propicio, ahora el día de la salvación*» (2Cor 6,2). Pues todo lo que el Señor hace es acabado con todo orden, en modo que nada acontezca antes del tiempo debido, sino cuando Él misericordiosamente se dignare disponerlo. De aquí que nos convenga tener siempre paciencia, esperar sus mandatos, rogar que nos sean de provecho; pero el tiempo de hacer lo sabe sólo Él, que es quien todo lo gobierna|.

CAPÍTULO SEGUNDO

SOBRE LOS INSTANTES[10]

El *momentum* [instante] es un tiempo sumamente breve y reducido [que pueda darse], y toma su nombre del movimiento[11] de los astros. Es, en efecto, la fracción más pequeña de la hora en intervalos breves: un continuo y simultáneo terminar y empezar[12].

|Así, pues, significa el más breve espacio de tiempo transcurrido, como se lee en el Apóstol: «*Ciertamente todos resucitaremos, pero no todos seremos transformados; en un instante, en un abrir y cerrar de ojos*» (1Cor 15,51-52)[13]. Con la expresión *abrir y cerrar de ojos* se quiere significar la brevedad extrema del instante, para que conozcas por la celeridad de la resurrección cuán grande sea el poder de Dios[14].

[8]Sigue CASSIOD., *In Psalm.*,118,126 (PL 70, 0880D-0881B).

[9]TL, *Sprevit ergo*; Cassiod., *Praevidens ergo.*

[10]Sigue *Etym*., V,29,1b.

[11]*Momentum* > *motum*.

[12]Sigue *Rab.*

[13]Sigue HIER., *In 1Cor.*, 15,51-52 (PL 30, 0803A).

[14]Sigue *Rab.*

En otra edición leemos[15]: *En un átomo y en un abrir y cerrar de ojos*[16].

Pero el tiempo más pequeño de todos —ya que por ninguna otra razón puede ser dividido— recibe en griego el nombre de *átomos*, es decir, indivisible o no susceptible de ser seccionado, pues, debido a su extrema pequeñez lo perciben más bien no los se dedican a los números, sino los que enseñan las letras, los cuales, al dividir el verso en palabras, las palabras en pies, los pies en sílabas, las sílabas en tiempos, atribuyendo dos tiempos a la que es larga y sólo uno a la que es breve, no pudiéndola dividir ulteriormente, se complacieron en llamarla *atomus*|.

CAPÍTULO TERCERO

SOBRE LAS HORAS[17]

Hora [hora] es un término griego, que pasa tal cual al latín. La hora es el límite de un tiempo, como lo son las orillas[18] del mar, de los ríos, de los vestidos[19].

|Hora es la duodécima parte del día. Se trata, por tanto, del día convencional —el que va, es decir, desde la salida del sol hasta el ocaso—, no del día natural, que abarca desde la salida del sol hasta la salida del sol siguiente y que, completo, consta de veinticuatro horas[20].

Que en verdad doce horas completen un día nos lo atestigua el mismo Señor, cuando dice: «*No tiene el día doce horas? Si uno camina de día, no tropieza*» (Jn 11,9). En esta cita, aunque, en sentido alegórico, el nombre de *día* lo emplee el Señor con referencia a sí mismo, y el de *horas*, con relación a los discípulos qué él había de iluminar, se precisa, sin embargo, un número de horas, según acostumbraban a contar los hombres[21].

Se ha de saber, sin embargo, que, unas veces, la hora tiene el sentido de «tiempo», y otras, el de «edad del mundo».

Se emplea con el significado de tiempo, por ejemplo, en aquella ocasión en que Pablo dice: «*Ya es hora de despertar del sueño*» (Rom 13,11). Esto tiene que ver con aquel otro lugar en que se dice: «*He aquí que* [**286**] *ahora es tiempo favorable, ahora es día de salvación*» (2Cor 6,2)[22]. Pues el tiempo del Evangelio en esto consiste[23]: en que hemos de avanzar para merecer, es decir, despertar del sueño, obrar el bien —como en pleno día, abiertamente— y esforzarnos para que, viviendo irreprochablemente y [**287**] sacudido ya el sueño de la ignorancia o de la negligencia, alcancemos el premio prometido[24].

---

[15]Grg., en efecto, dice: ἐν ἀτόμῳ, ἐν ῥιπῇ ὀφθαλμοῦ.

[16]Sigue BEDA , *De temp, rat.*, 3 (PL 90, 0304 A-0305 A).

[17]Sigue *Etym.*, V,29,2b.

[18]*Hora* > *orae.*

[19]Sigue *Rab.*

[20]Sigue BEDA , *De temp, rat.*, 3 (PL 90, 0302 A-0303 A); *Clav.*, 4,43 (pág. 20).

[21]Sigue *Rab.*

[22]TL, *II Cor XIII.*

[23]Sigue AMBROS., *In Rom.*, 13,11 (PL 17, 0173C).

[24]Sigue *Rab.*

Se emplea la palabra *hora* con el significado *edad del mundo*, por ejemplo, en la epístola de Juan, donde dice: «*Hijitos, es la última hora*» (1Jn 2,18). Dice que la última hora es el último tiempo del mundo que ahora va pasando, según aquella parábola del Señor, donde habla de los obreros que contrató para su viña [cf. Mt 20,1-16].

La hora prima llega hasta los tiempos de Noé; la tercia, desde los tiempos de Noé; la sexta, desde Abrahán; la nona, desde la promulgación de la Ley; la undécima, desde Cristo hasta el fin del mundo, tiempo para el que está anunciado el advenimiento del Anticristo[25].

La hora prima es también el tiempo de la infancia o de la puericia; la tercia, el de la adolescencia; la sexta, el de la juventud; la nona, el de la senectud; la undécima, el tiempo extremo de la vejez. Pero de esto ya hemos hablado anteriormente.

CAPÍTULO CUARTO

SOBRE LOS DÍAS[26]

El *dies* [día] es el cielo iluminado por el sol, debiéndose su nombre al hecho de que desune y divide[27] las tinieblas. Pues estando las tinieblas, al comienzo de la creación, sobre la superficie del abismo [cf. Gén 1,3], «*Dijo Dios: hágase la luz, y la luz se hizo. Y llamó Dios a la luz día*» (Gén 1,3).

Pero su definición es doble: vulgar y propia. El vulgo, en efecto, llama «día» al tiempo en que el sol está iluminando la tierra. Pero, propiamente, el día consta de veinticuatro horas, es decir, se completa con el giro del sol, iluminando la tierra entera. Éste, al llevar consigo en derredor —siempre y por todas partes— la luz diurna, se cree que, cuando está por debajo de la tierra, ilumina durante la noche un espacio de cielo no menor que el que ilumina cuando, durante el día, está por encima de ella[28] [...].

Pero antes de la creación del sol, lo que ahora sucede gracias a este astro sucedía por la evolución de la luz primitiva, que ciertamente, en el día primero y segundo, iluminaba las aguas del abismo que cubrían toda la tierra, pero que, con su expandirse por todas partes, iluminaba, en el tercero, el cielo vacío [...].

Por consiguiente —y en la medida en que a nosotros, siguiendo los pasos de los Padres, se nos permite conjeturar al respecto—, cuando Dios dijo: *Hágase la luz*, inmediatamente las tinieblas, que cubrían el abismo, se retiraron; y, emergiendo entre las ondas la luz desde Oriente, cubrió con su fulgor la superficie entera de la tierra, llegando a alcanzar a un tiempo las costas boreales y australes, así como las occidentales, y, retirándose paulatinamente en el espacio completo de un día, llegó girando a las partes inferiores de la tierra y, precediéndole la aurora, completó el día segundo y tercero con orden semejante, pero diferenciándose con respecto a la luz solar sólo en lo siguiente: en que carecía de la acción del calor y, puesto que los astros aún

[25]Sigue *Clav.*, 4,44-48 (pág. 20).

[26]Sigue BEDA , *De temp, rat.*, 5 (PL 90, 0308C-0313A).

[27]*Dies* / *dis-iungere / di-videre.*

[28]El sol, pues, gira en torno a la tierra.

no existían, dejaba todavía las noches oscuras bajo las primitivas tinieblas[29].

Ahora bien, considerado en un sentido alegórico, el vocablo *día* es susceptible de múltiples significados.

Unas veces, significa el Señor Salvador; otras, sus santos; otras, la ciencia de las sagradas Escrituras; otras, la caridad; otras, el resplandor de las virtudes; otras, la prosperidad temporal; otras, el día del juicio; otras, la bienaventuranza eterna.

El día significa al Señor en la siguiente cita del Evangelio: *El que camina en el día no tropieza* (Jn 11,9), porque todo el que sigue la doctrina del Salvador no temerá las asechanzas de los pecadores[30].

El día significa también al Señor Jesucristo, como en el salmo: «*Éste es el día que hizo el Señor*» (Sal 117,24)[31].

Significa igualmente a los apóstoles y a los santos de Dios, como en el siguiente verso del salmo: *El día* [*al día*] *pasa la palabra*» [**288**](Sal 18,3)[32], es decir, el Señor, irradiando con resplandor divino, inculcaba a los apóstoles palabras de luz celestial. Lo contrario se expresa a continuación, cuando dice: «*La noche a la noche transmite el mensaje*» (Sal 18,3), pues sabemos que Judas entregó a Cristo en manos de los judíos[33].

También podemos entender el día como la ciencia contenida en las sagradas Escrituras, si consideramos lo siguiente: que en ellas brilla para los que la entienden bien la luz de la justicia y de la verdadera sabiduría. De ahí que el Apóstol nos exhorte a que nos esforcemos en la meditación de la ley de Dios, *hasta que empiece a brillar el día y el lucero nazca en nuestros corazones* (2Pe 1,19).

Y que la luz del día signifique la caridad nos lo muestra Juan en su epístola, cuando dice: «*El que ama a su hermano permanece en la luz*» (1Jn 2,10).

El día significa también el Evangelio, como en el siguiente ejemplo del Cantar de los Cantares: *Hasta que sople el día y sean disipadas las sombras* (Ct 2,17[34])[35].

El día significa asimismo la vida presente, como en el Evangelio: «*Conviene que yo lleve a cabo la obra del que me envió, mientras aún es de día*» (Jn 9,4).

Pero, en el siguiente ejemplo de Isaías, el día es la vida futura de los justos: *El sol ya no te alumbrará durante el día* (Is 60,19).

Día y noche son los justos y los pecadores, la justicia y la iniquidad, como dice el Apóstol: *No somos de la noche ni de las tinieblas, pues todos vosotros sois hijos de la luz e hijos de Dios* (1Tes 5,5).

Día y noche significan también prosperidad y adversidad, como se lee en el salmo: *De día envió el Señor su misericordia, y de noche manifestó*[36] (Sal 41,9). Y también: «*Señor mío,*

[29]Sigue *Rab.*

[30]Sigue *Clav.*, 4,1 (pág. 17).

[31]Sigue *Rab.*

[32]Sigue CASSIOD., *In Psalm.*, 18,2 (PL 70, 0138C).

[33]Sigue *Rab.*

[34]Cf. *Clav.*, 4,2 (pág. 17).

[35]Sigue *Clav.*, 4,3-4.6-7 (pág. 17).

[36]TL cita, sin completar, el verso según el Salterio Galicano: *et nocte declaravit* [apud me oratio Deo vitae meae]; Vlg., *et nocte canticum eius.*

de día te invoco y no escuchas; de noche, y no para insipiencia mía» (Sal 21,3)[37].

En la siguiente cita del apóstol Pablo, el día significa el esplendor de las virtudes y la honestidad de una vida digna: «*Dejemos, pues, las obras de las tinieblas y revistámonos de las armas de la luz; caminemos honestamente, como en pleno día*» (Rom 13,12)[38], porque, si la razón de la ciencia ahuyenta nuestra ignorancia y, abandonando las acciones indignas, corremos tras lo que es piadoso y honesto, nos situamos en el ámbito de la luz, y caminamos entonces dignamente, como en pleno día.

De este modo, donde se dice: *De día envió el Señor su misericordia y de noche manifestó...* (Sal 41,9), debemos entender la palabra *día* por el tiempo de sosiego[39] en que se aprenden los mandamientos del Señor, pues la bebida de su Ley se apura hasta el final en un espacio de tranquilidad. Hay, en efecto, tiempo para aprender cuando no existe obstáculo que pueda impedirlo. Sigue: *Y de noche manifestó*. Ciertamente, lo que se aprende en la quietud[40] se hace manifiesto en la tribulación, pues las palabras de la Ley se antes en tiempo de sosiego, pero sus frutos se ponen de manifiesto, cuando llega la aflicción[41].

Y que a la palabra *día* se le aplique también el significado de tiempo de juicio, nos lo muestra aquella frase del Evangelio que dice: «*Y, como el ladrón en la noche, así viene el día del Señor*» (1Tes 5,2). Y también las palabras del Apóstol: *El día del Señor* [las] *pondrá de manifiesto* (1Cor 3,13).

El vocablo *día* con el sentido de eternidad nos lo enseña el Profeta, cuando dice al Señor: «*Porque mejor es un día en tus atrios que millares* [fuera de ellos]» (Sal 83,11)[42]. Éstos son los *atrios del Señor*, en los que un poco más arriba [v. 3] manifiesta desear ardientemente y allí acabar sus días. Con razón se anhela estar en ellos sólo *un día*, porque se trata del día eterno, que no nace con la salida del sol ni termina con su ocaso, que no le sigue una mañana ni le precede una tarde, sino que, permaneciendo inmutable, consta de una unidad perpetua. *Mejor que millares* significa este mundo, donde los miles de días tienen su fin[43].

Un solo día son [**289**] mil años, como leemos en el salmo: *Porque mil años ante tus ojos son como un solo día* (Sal 89,4).

La expresión *dos días* parece significar para algunos el Antiguo y el Nuevo Testamento, como en el salmo: *Anunciad de día en día su salvación* (Sal 95,2).

Tres días es el conocimiento de la Trinidad, como en el Éxodo: *Haremos un camino de tres días y sacrificaremos al Señor Dios nuestro* (Éx 3,18). Tres días son tipo también de la pasión, sepultura y resurrección del Señor, como en Oseas: «*Nos vivificará el Señor después de dos días; al tercero nos levantará y viviremos*» (Os 6,3).

El día sexto es el mundo presente, que está escrito que fue hecho en estos seis días. De ahí que se diga que seis días son figura de seis mil años, como se lee en el Apóstol: «*Porque para el Señor un solo día son como mil años, y mil años como un día*» (2Pe 3,8).

---

[37]Sigue *Rab.*

[38]Sigue RABAN., *In Rom.*, 13 (PL 111,1571C).

[39]Sigue CASSIOD., *In Psalm.*, 41,12 (PL 70, 0305 A).

[40]TL, *quod dicitur in nocte in*; Cassiod., *quod discitur in quiete in.*

[41]Sigue *Rab.*

[42]Sigue CASSIOD., *In Psalm.*, 83,11 (PL 70, 0604C).

[43]Sigue *Clav.*, 4,33-41.30-32 (pág. 19).

El día séptimo —que, según está escrito, fue santificado para el reposo del Señor— significa el descanso de todos los santos después del recorrido de esta vida.

Siete días son el tiempo en su totalidad y toda la obra de la vida presente, que se desenvuelve en el plazo de estos siete días, y que contienen un misterio, pues se ordena celebrar durante ellos la pascua [cf. Éx 12,15], es decir, pasar, mediante la enmienda de vida, de lo malo a lo bueno, y una orden, esto es, no comer nada con levadura, que es la corrupción del pecado, sino caminar en los ázimos de la sinceridad y de la verdad (1Cor 5,8).

El día octavo encierra el misterio de la resurrección del Señor.

El día octavo significa también la resurrección futura universal y el día del juicio, con cuyo misterio está previamente señalado el encabezamiento del salmo sexto, es decir, *pro octava* [cf. Sal 6,1; 11,1].

Por *hoy* se entiende la eternidad de la divinidad, que no ha tenido inicio ni tampoco tendrá fin. De ahí que en el salmo el Padre hable al Hijo, diciendo: «*Hijo mío eres tú, yo te he engendrado hoy*» (Sal 2,7), pues para el Señor no hay ni ayer ni mañana, sino que siempre es hoy.

Hoy significa también todo el tiempo presente, como en el salmo: «*Si escucharais hoy su voz*» (Sal 94,8), que es como decir: en todo tiempo.

Mañana es el tiempo futuro, como en el Evangelio: *No penséis en el mañana, qué comeréis o qué beberéis* (Mt 6,25.31). Y también: *Pues si a la hierba* —es decir, los pecadores— *que hoy está en el campo y mañana se echa al horno* —es decir, en el fuego eterno— *así la viste Dios* [Mt 6,30]. Y en otro lugar: «*Para que mañana vuestros hijos no puedan decir a nuestros hijos: No hay para vosotros parte en Israel* » (Jos 22,24)|.

CAPÍTULO QUINTO

SOBRE LAS PARTES DEL DÍA[44]

Las partes del día son tres: mañana, mediodía y suprema.

Mane [mañana] es la luz en su total desarrollo y plenitud, ya sin sombra alguna. Su nombre procede de *manum*[45], pues así los antiguos denominaban al *bien*. En efecto, ¿qué bien hay mayor que la luz?[46].

|Ahora bien, la mañana significa el tiempo de la regeneración en el bautismo, por el que el hombre comienza a ser hijo de la luz.

Significa también la luz de las buenas acciones o el tiempo de la resurrección. De aquí lo siguiente: «*Porque, en la mañana, a ti oraré, Señor, y escucharás mi voz*» (Sal 5,4)[47]. Pues la Iglesia, que reconoce haber vivido en las tinieblas del pecado y que ha sido congregada de la noche de este mundo, cree con razón que es escuchada, cuando se sumerge en la verdadera luz de la resurrección.

Significa asimismo el tiempo de la resurrección, como en el ejemplo siguiente: «*Por la*

[44]Sigue *Etym.*, V,29,13-14a.

[45]TL, *a manu*; Etym., *a mano*. Efectivamente, se trata no de *manus-us*, sino de *manus-a-um.*

[46]Sigue *Rab.*; cf. *Clav.*, 4,10 (pág. 17).14 (pág. 18).

[47]Sigue CASSIOD., *In Psalm.*, 5,3 (PL 70, 0054C-D).

mañana me pondré en tu presencia y veré, porque [**290**] *tú no eres un Dios que ama la iniquidad*» (Sal 5,5). En el día del juicio, cuando despierten todos los hombres del sueño de la muerte, se hará manifiesta la justicia del juicio de Dios, pues retribuirá a cada uno según sus obras|[48].

Meridies [mediodía] es como si dijéramos *medidies*, esto es la mitad de un día. O puede que deba su nombre también a que es el momento más puro del día, ya que *merum* significa *puro*[49].

|Ahora bien, el mediodía significa una doctrina clara junto con el esplendor de las buenas obras, como cuando en el Cantar de los Cantares la esposa dice al esposo: «*Enséñame* [...] *dónde apacientas, dónde te recuestas al mediodía*» (Ct 1,6).

Pero, en otro lugar, mediodía adquiere un significado contrario, como en el siguiente salmo: [No tendrás temor] *de la desgracia del demonio del mediodía* (Sal 90,6)[50]. El demonio del mediodía es el ingente peligro encendido por el fuego de la persecución, donde la desgracia es temida por todas partes, ya que la debilidad humana se ve superada[51].

Por demonio del mediodía puede entenderse también el mal manifiesto, no oculto|[52].

Suprema [tarde] es la última parte del día, porque el sol vuelve su curso hacia su ocaso. Se la llama *suprema* porque es lo que queda[53] para que el día termine[54], |porque va declinando hacia la tarde.

La tarde, en efecto, significa bien el fin de la vida humana, bien el final de este mundo, bien la penitencia futura.

Que signifique la tarde el ocaso de la muerte de Cristo nos lo muestra el salmista allí donde dice: «*Por la tarde, se quedará el llanto; por la mañana, la alegría*» (Sal 29,6). En efecto, por la tarde se queda el llanto[55] porque [por la tarde] fue muerto Cristo nuestro Señor. Entonces el llanto sí que se quedó de veras, cuando, durante tres días, permaneció llorando el pueblo fiel y el entero orden natural se vio sacudido por las consecuencias de su muerte[56].

Pero por la mañana nació la alegría, porque por la mañana —el Evangelio da testimonio de ello— se divulgó la noticia de la resurrección del Señor y, por su presencia, los discípulos recibieron la gracia de contemplar la inmortalidad de su Señor.

La tarde significa el fin del mundo, cuando el tiempo de las obras ya ha llegado a su término. De ahí que esté escrito: *Viene la noche, cuando ya a nadie le está permitido hacer nada* (Jn 9,4).

Significa la penitencia futura allí donde se dice que los pecadores serán arrojados a las tinieblas exteriores. Estos tres tiempos el salmista los recoge en un solo verso, allí donde dice: «*Por la tarde, por la mañana y al mediodía, contaré y anunciaré, y escuchará mi voz*» (Sal

---

[48]Sigue *Etym.*, V,30,15a.

[49]Sigue *Rab.*; cf. *Clav.*, 4,11 (pág. 17).

[50]Sigue CASSIOD., *In Psalm.*, 90,6 (PL 70, 0652C).

[51]Sigue *Rab.*; cf. *Clav.*, 4,12 (pág. 18).

[52]Sigue *Etym.*, V,30,16.

[53]*Suprema > superesse.*

[54]Sigue *Rab.*; cf. *Clav.*, 4,13-14 (pág. 18).

[55]Sigue CASSIOD., *In Psalm.*, 29,5 (PL 70, 0204C); cf. *Clav.*, 4,15 (pág. 18).

[56]Sigue *Rab.*

54,18)[57]. Estas palabras nos revelan grandes misterios. *Tarde* significa el tiempo de la traición, cuando Judas entrega traicioneramente [a Jesús] en manos de los guardias que venían a buscarlo [cf. Jn 18,3]. *Mañana*, cuando es conducido para declarar en presencia de Poncio Pilato [cf. Mt 27,1; Jn 18,28]. *Mediodía*, porque a la hora sexta —como el evangelista dice [Mc 15,11]— fue colgado de la cruz [...]. *Contaré* pertenece a la tarde, porque consta que todo lo que el infame Judas se disponía a hacer sucedió durante ese tiempo. *Anunciaré* hace referencia a la mañana, cuando, al preguntar Pilato, *¿Eres el rey de los judíos?* [cf. Mt 27,11; Mc 15,2; Lc 23,3; Jn 18,33], declaró: «*Yo para esto he nacido*» y todo lo demás que allí dijo nuestro Señor [cf. Jn 18,37 ss.]. Añade también: *y escuchará mi voz*. Esto hace relación al mediodía, cuando dijo: «*Todo se ha consumado*» [cf. Jn 19,30] y exhaló su espíritu[58].

Tarde significa también la pasión; mañana, la resurrección; mediodía, la ascensión a los cielos.

CAPÍTULO SEXTO

SOBRE LA NOCHE[59]

La *nox* [noche] recibe este nombre bien porque causa daño[60] a la vista o a los asuntos humanos, bien porque en ella los rateros y ladrones hallan la [**291**] ocasión de hacer daño a los demás.

Pero la noche es la ausencia del sol que, desde su ocaso hasta que vuelve a aparecer, deja a la tierra sumida en las sombras, según lo que, al describir su naturaleza, cantó el poeta[61]: *Se precipita la noche en el océano, envolviendo con su gran sombra la tierra y el cielo*. También Salomón, en las sagradas Letras, se expresó como sigue: «*Que pace entre lirios, hasta que sople el día y se inclinen las sombras*» (Ct 2,16-17; 4,6), llamando —con gran elegancia, por cierto— a la caída de la tarde *inclinación de las sombras*. En efecto, según las condiciones naturales de las regiones a las que el sol baña en su recorrido y cuando la interposición de la mole de la tierra tapa su esplendor de nuestra vista, aquella sombra, que es la naturaleza de la noche, se levanta de tal forma que parece extenderse hasta los astros.

Por la sucesión contraria —es decir, por la salida de la luz—, con razón se expresó [Salomón] diciendo que *las sombras se inclinaban*, esto es, que la noche estaba vencida y se alejaba.

Pero cierto es que afirman los filósofos que esta sombra de la noche se levanta hasta los confines del aire y del éter y que, aguzadas las tinieblas a modo de pirámides, alcanza, en ocasiones, a la luna —que es el planeta que se mueve a menor altura—, llegándola a oscurecer. Y [afirman también] que ningún otro astro sufre semejante eclipse —es decir, la desaparición de

[57]Sigue CASSIOD., *In Psalm.*, 54,17 (PL 70, 0390B-C).

[58]Sigue *Rab.*; cf. *Clav.*, 4,14 (pág. 18).

[59]Sigue BEDA , *De temp, rat.*, 7 (PL 90, 0322 A-0325 A).

[60]*Nox > nocere.*

[61]VIRGILIO, *En.*, II,50: *Ruit Oceano nox / involvens umbra magna terramque polumque.*

su luz—, porque el resplandor del sol, extendido por todas partes[62] en torno a los límites del globo terráqueo, alcanza con su luz, sin obstáculo alguno, aquellos cuerpos que distan más de la tierra. De este modo, los espacios del éter que están más allá de la luna los mantiene siempre llenos de la luz del día, irradiada bien de su propio fulgor, bien del de las estrellas [...].

Ahora bien, la sombra de la noche ha sido dada a los mortales para descanso del cuerpo, de manera que la humanidad, ávida de actividades, no desmaye por un esfuerzo continuado y llegue a perecer.

Y ha sido dada también para algunos animales que no pueden soportar la luz del sol, y para las bestias que temen la presencia humana, en modo que tengan la posibilidad de ir de un lado a otro en busca de su alimento, según lo que, en su alabanza a Dios, canta el salmista: «*El sol conoció su ocaso, pusiste las tinieblas y se hizo la noche, en la que transitarán todas las bestias de la selva*, etc.» (Sal 103,19-20)[63].

En efecto, así como en las Escrituras el día significa, en sentido místico, la luz de la fe, la equidad de la justicia y toda suerte de cosas prósperas y felices, la noche, por el contrario, expresa la idea de injusticia, de infidelidad y todo tipo de adversidades.

Significa infidelidad en aquel testimonio del Apóstol que dice así: «*No somos hijos de la noche ni de las tinieblas*» (1Tes 5,5).

Se expresa con la noche el significado de iniquidad en la siguiente sentencia del bienaventurado Job: «*Perezca el día en que nací y la noche en que se dijo: ha nacido un hombre*» (Job 3,3). De donde el salmista da testimonio de que se es concebido en la iniquidad y se nace en el delito (Sal 50,7). Desea el bienaventurado Job que perezca[64] la esperanza inspirada por el ángel apóstata que, simulando ser el día, brilló por la promesa de la divinidad [cf. Gén 3,5][65], pero que, mostrándose como noche, hizo que se nos oscurecira la luz de nuestra inmortalidad. Perezca el antiguo enemigo, que manifiesta la luz de la promesa, pero que lleva en sí las tinieblas del pecado; que se da a conocer como día, halagando con astutas ternezas, pero que conduce a la noche tenebrosa por la ceguera que causan las cosas placenteras[66].

Con la palabra *noche* se hace referencia a las situaciones adversas, allí donde el salmista testimonia que ha clamado en la noche —es decir, en la tribulación— y ha sido escuchado [cf. Sal 85,7]. Dice también el salmista: «*En el día de mi tribulación busqué al Señor, con mis manos de noche* [**292**] *en su presencia, y no quedé defraudado*» (Sal 76,3). Con la palabra[67] *noche* el salmista significa la vida de este mundo que, aunque parezca tener luz, está ofuscada por la oscuridad de los pecados.

Con este mismo nombre significó asimismo el lugar cerrado del infierno, cuando dice: «*Quizá me cubrirán las tinieblas, y será la noche mi luz en mis delicias*» (Sal 138,11)[68]. ¿En qué modo podía ser cubierto por las tinieblas aquél para quien la noche era luz en sus delicias? Se hace aquí referencia, por tanto, al lugar cerrado del infierno, iluminado verdaderamente cuando

[62]TL, *utique*; Beda, *undique.*

[63]Sigue *Rab.*

[64]Sigue GREG. M., *Moral.*, 4, 1,4 (PL 75, 0414B).

[65]TL, *diem simulans*; Greg. M., *diem se simulans.*

[66]Sigue *Rab.*

[67]Sigue CASSIOD., *In Psalm.*, 76,2 (PL 70, 0517A).

[68]Sigue CASSIOD., *In Psalm.*, 88,11 (PL 70, 0887C-D).

quebrantó el poder del diablo y liberó a los hombres por su misericordia[69].

La noche es la vida presente, como en el salmo: «*En las noches alzad vuestras manos hacia lo santo*» (Sal 133,2). Y en otro lugar: *De noche en su presencia, y no quedé defraudado* (Sal 76,3,).

La noche significa el siglo futuro a causa de los pecadores, como en el Evangelio: *Vendrá la noche, cuando ya nadie puede trabajar* (Jn 9,4).

La noche es la vida de los pecadores, como en el Apóstol: «*Los que duermen, duermen por la noche; y los que se embriagan, de noche se embriagan*» (1Tes 5,7).

La noche es la ceguera del corazón o la vana seguridad, como en el libro de Job se dice acerca del impío: «*De noche lo oprimirá la tempestad*» (Job 27,20). Y en el Evangelio: «*Necio, esta noche van a pedirte el alma. Lo que has preparado, ¿de quién será?*» (Lc 12,20).

La noche es la tribulación futura, como en el Evangelio: *Aquella noche dos estarán en el campo; a uno se lo llevarán y al otro lo dejarán* (Lc 17,34).

La noche es la tribulación de la vida presente en el tiempo, como en el Evangelio: «*Supongamos que uno de vosotros tiene un amigo, y va a él a medianoche y le dice: Amigo, préstame tres panes*» (Lc 11,5), esto es, la ciencia de la Trinidad. Media noche significa el juicio oculto de Dios, como en el Evangelio: «*A media noche se oyó un clamor: ¡que llega el esposo!*» (Mt 25,6).

La media noche es llegada de la muerte de manera imprevista, como en Job se dice con referencia a los malvados: *Y serán arrebatados a media noche* (Job 34,20).

Primera vigilia es la primera edad del hombre, es decir, la infancia o la puericia.

La segunda vigilia es la adolescencia y la juventud.

La tercera vigilia es la vejez, como se dice en el Evangelio: «*Y si llega en la tercera vigilia y los encuentra así, dichosos aquellos siervos*» (Lc 12,38).

CAPÍTULO SÉPTIMO

SOBRE LAS SIETE PARTES DE LA NOCHE[70]

Ahora bien, las partes de la noche son siete: [véspero[71]], crepúsculo, conticinio, intempesta, galicinio, matutino y dilúculo. *Crepusculum* [crepúsculo] es el tiempo de luz dudosa. En efecto, a la duda la llamamos *creperum*, es decir, entre la luz y las sombras. El nombre de *vesperum* [véspero] se debe a la estrella occidental, que asoma al ponerse el sol y precede las tinieblas siguientes, de donde aquel verso de Virgilio[72]: *Antes el Véspero habrá sepultado el día, cerradas ya las puertas del Olimpo*. Se dice *conticinium* [hora de la noche], cuando todo está callado, es decir, en silencio, pues [en latín] *conticescere* significa estar callado. *Intempestas* [noche muy entrada] es el tiempo medio e inactivo de la noche, en que cualquier trabajo ha cesado y todo está callado por el sueño, pues el tiempo no se entiende por sí mismo, sino que está en función de la actividad del hombre. Pero el tiempo medio de la noche carece de actividad. Se

[69]Sigue *Clav.*, 4,49-59 (pág. 20).

[70]Sigue *Etym.*, V,31,4.7.5.8-14; cf. BEDA, *De temp, rat.*, 7 (PL 90, 0325 A-0326 A).

[71]TL, *sunt: crepusculum*; Etym., *sunt, id est vesper, crepusculum.*

[72]VIRGILIO, *En.,* I,374: *Ante diem clauso componet vesper Olympo.*

trata, pues, de un espacio de tiempo inactivo, como si dijéramos, sin tiempo, esto es, sin el movimiento que lo caracteriza. De ahí la expresión: *has llegado intempestivamente.* Se le llama, pues, *intempestas*[73], porque carece de tiempo, esto es, de actividad. El tiempo llamado *gallicinium* [rayar del alba] recibe su nombre de los gallos, anunciadores de la luz. [**293**] El *matutinum* [el matutino] es el tiempo entre la retirada de las tinieblas y la llegada de la aurora, y se le llama así, porque durante este tiempo comienza a hacerse de día. El *diluculum* [crepúsculo] es como una pequeña luz del día, todavía incipiente. Se le llama también la *aurora* [aurora], tiempo que precede la salida del sol. Pero la aurora es el comienzo del día que comienza a clarear y el primer esplendor de la atmósfera, que los griegos llaman *eós*. Nosotros, por derivación, la llamamos *aurora*, como si dijéramos *eurora*. De aquí aquel verso de Virgilio[74]: *Ufano el Euro / con los caballos de la Aurora*. Y también[75]: *Los batallones de la Aurora*[76].

|Por tanto, véspero o comienzo de la noche significa bien el comienzo de la tribulación que sigue a la felicidad de este tiempo, bien el comienzo de la aversión de los inicuos que, enemigos de la luz verdadera de los mandatos de Dios, caen en las tinieblas del pecado. Pues cuando alguien se aparta de la verdad y de la justicia y se derrumba en las tinieblas del error y del pecado, con razón se le llama con el nombre de *véspero*, porque se ha hecho compañero del Anticristo, que en las Escrituras viene llamado precisamente *Véspero*.

Intempesta —es decir, las altas horas de la noche— significa o la hondura del pecado o el retroceso de las cosas mundanas y el esfuerzo de los hombres buenos por alabar a Dios. De aquí que el Profeta diga en el salmo: «*A media noche me levantaba, para confesarte por los juicios de tu justicia*» (Sal 118,62)[77]. No es ocioso que diga: *A media noche me levantaba*. Sabe, en efecto, que fue a esta hora de la noche cuando se dio muerte los primogénitos egipcios [cf. Éx 11,4]; sabe también que ésta fue la hora en que fueron rotas las cadenas que sujetaban en la cárcel a Pedro [cf. Act 12,6], a Pablo y a Silas [cf. Hch 16,26]; sabe igualmente que a media noche habrá de venir el esposo [cf. Mt 25,6], y se levanta así a esta hora para no quedarse entre las doncellas insensatas, una vez se cierren las puertas [cf. Mt 25,10]. Ni carece tampoco de importancia que diga: *me levantaba*, porque uno se levanta siempre que se tiene prisa para alabar al Señor. *Para confesar* tiene aquí el sentido de *alabar*, ya que a continuación sigue *por los juicios de tu justicia*. Pues si se le quisiese dar el sentido de *confesión penitencial*, habría dicho *por tu misericordia*, y no *por los juicios de tu justicia*[78].

El galicinio significa la conversión de los pecadores. De ahí que en este mismo tiempo lo que[79] Pedro, al haber negado al Señor,[80] extravió en las tinieblas del olvido, lo enmendó por el recuerdo de la luz ya esperada [cf. Mt 26,75] y, una vez obtenida plenamente la presencia de tal luz verdadera, volvió a levantar todo lo que había mudado. Mi opinión es que este gallo ha de entenderse por alguno de los doctores que a nosotros —tendidos y soñolientos— nos zamarrea

[73]También en español se dice *intempesta*, pero se trata de un término muy poco usado.

[74]VIRGILIO, *En*., II,417-18: *et laetus Eois / Eurus equis.*

[75]VIRGILIO, *En*., I,489: *Eosque acies.*

[76]Sigue *Rab.*

[77]Sigue CASSIOD., *In Psalm*., 118,62 (PL 70, 0856B-C).

[78]Sigue *Rab*.

[79]TL, *qui*; se propone, con Beda, *quod.*

[80]Sigue BEDA, *In Luc.*, 6,22 (PL 92, 0607C-D).

e increpa, diciéndonos: «*Vigilad como conviene, y no pequéis*» [cf. 1Cor 15,34][81].

El matutino o dilúculo significa el tiempo de la resurrección del Señor, o también de la resurrección del hombre de una vida de pecado a la plena conversión de la justicia. De ahí las palabras del salmista al Señor: *Desde que amanece por ti estoy en vela* [...], *y por las mañanas meditaré en ti, porque te has hecho mi ayudador* (Sal 62,2.6-7[82]). Se pasa las noches en vela por él. ¡Cuántas veces se duerme en la complacencia del mundo! Conseguimos efectivamente lo primero, si nos apresuramos a desechar lo segundo. Bien sigue diciendo: *y por las mañanas meditaré en ti*[83].

Y en otro lugar: *me levantaré a la aurora* [Sal 107,3] —hora en que brilló la resurrección del Señor—, para cantar[84] sus alabanzas, cuando dio vida al género humano con el ejemplo de su resurrección[85].

El matutino es el día del juicio o de la resurrección de los muertos, como en el salmo [**294**] : «*Por la mañana daba muerte a todos los pecadores del país*» (Sal 100,8).

La aurora es la Iglesia, porque, tras las tinieblas del pecado, ha sido iluminada con la luz de la fe, como en Job: «*¿Y mostraste a la aurora su lugar?*» (Job 38,12)|.

CAPÍTULO OCTAVO

SOBRE LAS TINIEBLAS[86]

Las *tenebrae* [tinieblas] se llaman así porque retienen las sombras[87-88].

|Pero las tinieblas significan, unas veces, la hondura de las sagradas Escrituras; otras, la ignorancia; otras, la infidelidad de los pecadores, y, otras, la pena de la *gehenna*.

En el siguiente testimonio profético significan la profundidad de las sagradas Escrituras: «*Puso las tinieblas como escondrijo suyo*» (Sal 17,13). Y en otro lugar: «*No serán oscuras para ti las tinieblas y la noche será iluminada como el día. Como sus tinieblas, así también su luz*» (Sal 138,12)[89]. Llama tinieblas a aquellas cosas místicas y profundas de las Escrituras, según leemos en el libro de los Proverbios: *Entiende también la parábola y la tenebrosa palabra* (Prov 1,6)[90].

Leemos asimismo en el otro salmo: «*Agua tenebrosa en las nubes del cielo*» (Sal 17,13)[91]. Estas tinieblas, por tanto, no serán oscurecidas, sino más bien iluminadas por el Señor, pues, con

[81]Sigue *Rab.*

[82]Sigue CASSIOD., *In Psalm.*, 72,1 (PL 70, 0434B).

[83]Sigue *Rab.*

[84]TL, *laudes cerneret*; Cassiod., *laudes caneret.*

[85]Sigue *Clav.*, 4,8-9 (pág. 17).

[86]Sigue *Etym.*, V,31,6 (cf. *Etym.*, XIII,10,12)

[87]*Tenebrae > tenere umbras*.

[88]Sigue *Rab.*

[89]Sigue CASSIOD., *In Psalm.*, 138,11 (PL 70, 0988A).

[90]Sigue *Rab.*

[91]Sigue CASSIOD., *In Psalm.*, 138,11 (PL 70, 0988A).

su venida, ha llevado a plenitud la predicación de los profetas[92].

La siguiente sentencia apostólica acerca de los pecadores da a las tinieblas el significado de ignorancia: *Los que tienen el corazón oscurecido de tinieblas* (Ef 4,18).

Pero significa infidelidad en aquel otro lugar del Evangelio, donde se dice: «*La luz brilla en las tinieblas y las tinieblas no la comprendieron*» (Jn 1,5[93]). Ciertamente la luz de los hombres es Cristo, el cual ilumina con la presencia de su conocimiento todos aquellos corazones que merecen ser iluminados. Las tinieblas son los necios e inicuos, cuyos ciegos corazones la luz de la eterna sabiduría con toda evidencia conoce tal cuales son, aunque ellos en modo alguno pueden comprender con su inteligencia los rayos de esta luz. Es como el caso de un ciego cualquiera que, aun siendo envuelto por el resplandor del sol, no puede ver, sin embargo, ese sol, cuya luz lo baña[94].

Tinieblas son el diablo o los demonios, como se lee en el Profeta: «*A sus enemigos*—esto es, del Señor— *los persiguen las tinieblas*» (Nah 1,8)[95].

Las tinieblas significan la pena de la *gehenna* en aquel lugar del Evangelio, donde leemos: «*Atadlo de pies y manos y arrojadlo a las tinieblas exteriores, donde será el llanto y el rechinar de dientes*» (Mt 22,13). Por consiguiente, todo el que en esta vida, a causa de la infidelidad y del pecado, vive sumergido en la oscuridad de las tinieblas interiores, si no llega en su socorro una condigna penitencia, una vez terminada esta vida, irremediablemente será arrojado a la tinieblas exteriores, donde tiene su sede el castigo de la muerte y *habita el horror sempiterno* [cf. Job 10,22].

La palabra *sombra* tiene, unas veces, un sentido positivo y, otras, negativo. Lo tiene positivo, cuando significa la custodia de Dios[96] y la protección del Espíritu Santo, como en el salmo: «*Bajo las sombra de tus alas espero, mientras pasa la iniquidad*» (Sal 56,2). Y en otro lugar: «*Guárdame, Señor, como a las niñas de tus ojos; bajo la sombra de tus alas, protégeme*» (Sal 16,8)[97]. Muy a propósito pide ser guardado como a las niñas de sus ojos, ya que son éstas el medio por el que podemos ver las cosas y nada más hermoso que ellas existe en nuestro cuerpo. Y añade: *Bajo la sombra de tus alas, protégeme*. [**295**] Se introduce aquí otra figura, que los griegos llaman *parabolê* y los latinos, *comparatio*, pues en una determinada frase un género se pone en relación con otro que le es distinto. En efecto, las alas vienen comparadas con la protección paterna. La misericordia y el amor son ciertamente las alas del Padre bajo las cuales pide con ahínco una adecuada protección[98].

También en Evangelio: «*Y he aquí que una nube luminosa los envolvió*» (Mt 17,5). Y en otro lugar: «*Bajo su sombra viviremos entre las naciones*» (Lam 4,20).

Sombra es el Antiguo Testamento, como en Salomón: *Hasta que sople el día y se inclinen las sombras*» (Ct 2,16-17; 4,6).

Sombra es la vida del hombre, como en Job: «*Huye como la sombra*» (Job 14,2).

---

[92]Sigue *Rab.*

[93]Sigue BEDA, *Hom.*, 1, 7 (PL 94,0040C-D); vide et BEDA, *In Ioh* 1 (PL 92, 0639D).

[94]Sigue *Clav.*, 4,23 (pág. 18).

[95]Sigue *Rab.*

[96]Cf. *Clav.*, 4,23 (pág. 18).

[97]Sigue CASSIOD., *In Psalm.*, 16,9 (PL 70, 0120 A).

[98]Sigue *Clav.*, 4,24.26-27 (pág. 18).

Sombra es la muerte de la carne, como en el salmo: «*Nos cubrió una sombra de muerte*» (Sal 43,20).

La palabra *sombra* tiene un uso negativo, cuando significa la muerte del cuerpo o la pena de la *gehenna*, como en el siguiente ejemplo: «*Si caminare en medio de sombras de muerte, ningún mal temeré, porque tú estás conmigo*» (Sal 22,4). Y en otro lugar: «*Me pusieron en un lago profundo, en lugares tenebrosos y en sombra de muerte*» (Sal 87,7)[99]. Se indica aquí el lugar de los pecadores, porque la muerte de los que delinquen soporta los infiernos de sobras y tinieblas, donde ninguna alegría de luz hay para ellos, pues se hallan hundidos en la perpetua oscuridad de su tristeza[100].

Y así, según el lugar de que se trate, esta palabra adquiere significaciones diversas|[101].

Caligo [niebla] es la sombra que se produce por la espesura del aire, y se llama así porque tiene su origen, sobre todo, en el calentamiento atmosférico[102].

|Ahora bien, en sentido alegórico, niebla significa el cubrimiento de los secretos divinos. De ahí que leamos en el libro del Éxodo: «*El pueblo se mantuvo a distancia, pero Moisés subió a la niebla donde estaba Dios*» (Éx 20,21)[103]. Ciertamente la muchedumbre del pueblo no está capacitada para traspasar la niebla de la alegoría, porque a muy pocos les es concedido escudriñar el sentido espiritual. Por esta razón, es decir, porque las mentes de los hombres carnales se alimentan a menudo sólo del sentido histórico, el pueblo —cuando habla Dios— se mantiene a distancia. Pero, puesto que los hombres espirituales sí están en condiciones de penetrar la nube de la alegoría y de conocer el sentido espiritual de la palabra de Dios, *Moisés subió a la niebla donde estaba Dios*[104].

De aquí las palabras del salmo: «*La niebla bajo sus pies*» (Sal 17,10)[105]. Porque Dios no es contemplado desde las realidades inferiores con la misma claridad con la que reina en las superiores[106].

Esta sentencia puede entenderse también de otra manera[107]: la *niebla* es el diablo que obnubila las mentes de los hombres, impidiendo que las que él posee contemplen el esplendor de la verdad. *Bajo sus pies*, porque, sin lugar a duda alguna, la execrable maldad de los demonios es conculcada por la majestad del Señor Salvador, como en el nonagésimo salmo se afirma: «*Caminarás sobre el áspid y el basilisco, y conculcarás al león y al dragón*» (Sal 90,13)[108].

La niebla significa también la ceguera de corazón de los perseguidores. De aquí que diga el Señor a Job: *«¿Quién puso puertas al mar, cuando irrumpía con fuerza como el que sale de la matriz? ¿Cuando yo le ponía una nube por vestimenta y lo envolvía con la niebla como si*

[99]Sigue CASSIOD., *In Psalm.*, 87,6 (PL 70, 0624B).

[100]Sigue *Rab.*

[101]Sigue *Etym.*, XIII,10,11.

[102]Sigue *Clav.*, 3,37 (pág. 14).

[103]Sigue GREG. M., *Vet. ac Nov.*, 2,29 (PL 79, 0735B-C).

[104]Sigue *Rab.*

[105]Sigue GREG. M., *Moral.*, 17,27,39 (PL 76, 0029B).

[106]Sigue *Rab.*

[107]Sigue CASSIOD., *In Psalm.*, 17,11 (PL 70, 0126C-D).

[108]Sigue *Rab.*

fueran sus pañales?» (Job 38,8-9)[109]. El mar impetuoso se viste con una nube, porque la crueldad de los perseguidores se cubre con el velo de su estulticia y no es capaz de ver la trasparente luz de la verdad, ni de reconocer, por su ceguera, lo que se hace con crueldad [...]. Por consiguiente, puesto que los perseguidores de la Iglesia —agitados por la variabilidad de su corazón y entregados a las cosas de este mundo— no gustan de las cosas sublimes, sino de las pueriles, se ven reprimidos por el supremo juicio, para que el ímpetu de su persecución no llegue a ser tan grande como [**296**] sería su deseo[110].

En ocasiones, la niebla significa también los mismos pecados. De ahí que esté escrito: *Los que habitaban en tinieblas y sobras de muerte* (Lc 1,79 [cf. Sal 106,10]).

Significa, otras, la delectación del pecado, como en el siguiente ejemplo acerca del diablo: «*Duerme a la sombra, en lo secreto del cañaveral y en lugares húmedos*» (Job 40,16). Y puesto que la sombra no está lejos del aire, del que es sombra, tampoco la muerte está lejos de la pena. De ahí lo que se lee en el libro de Job: «*Donde habita la sombre de muerte y ningún orden hay, sino horror sempiterno*» (Job 10,22).

CAPÍTULO NOVENO

SOBRE LAS SEMANAS[111]

La palabra griega *hebdomada* [semana] recibe su nombre del número septenario. Según el uso que de él hacen los hombres, se trata sólo de siete días; pero, según la autoridad de que las sagradas Escrituras son garantes, encierra multiplicidad de aspectos de extraordinaria importancia, que todos juntos, —no obstante y si no estoy equivocado— respectan a un mismo fin, que es el siguiente: traer a nuestro recuerdo que, tras la consumación de nuestras buenas obras, por la gracia del Espíritu Santo nos aguarda el disfrute de una paz perpetua.

En efecto, la primera y singular semana —de la que toman cuño todas las demás— es aquélla de grandeza sublime por la obra que en su curso realizó el mismo Dios, pues el Señor, habiendo completado en seis días el ornato del mundo, en el día séptimo descansó del trabajo que había hecho [cf. Gén 2,1].

Ello nos permite hacer notar: primero, que el número senario no es el número perfecto, pues en él el Señor concluyó por completo la hechura del mundo, pero —como dice Agustín[112]— *el Señor, que todo lo podía haber creado a un mismo tiempo, se dignó trabajar en él; segundo, que aquel otro número [el séptimo] es el número perfecto, para también probar por él que sus obras habían sido completamente acabadas; tercero, que éste es el primero que es completado por sus partes, es decir, la sexta, la tercera y la mitad, que son el uno, el dos y el tres, y que, juntos, suman seis*.

Teniendo como modelo esta primera semana divina, se ordena a los hombres observar

[109]GREG. M., *Moral.*, 28,17,37 (PL 76, 0369B-0470A).

[110]Sigue *Rab.*; cf. *Clav.*, 4,29.28 (págs. 19.18).

[111]Sigue BEDA, *De temp, rat.*, 8-10 (PL 90, 0326 A-0340C), con omisiones y variantes.

[112]Cf. AUG., *De Civ.*, 11,30 (PL , 13, 0343-0344).

la segunda, según las palabras del Señor: «*Seis días trabajarás y harás todas tus obras; pero el séptimo día sábado es del Señor, tu Dios: no harás obra ninguna* [...]. *Porque en seis días hizo el Señor el cielo y la tierra y el mar y todo lo que hay en ellos, y en el día séptimo descansó*» (Éx 20,9-11).

El siguiente es el cómputo que de dicha semana hacía antiguamente el pueblo de Dios: [día] primero del Sábado o uno del Sábado o de los Sábados, segundo del Sábado, tercero del Sábado, cuarto del Sábado, quinto del Sábado, sexto del Sábado, séptimo del Sábado o [propiamente] el Sábado. No porque todos podían ser días de Sábado —es decir, de descanso—, sino porque, con referencia a aquel día de reposo que, por nombre y culto, descollaba de manera singular, como el primero, los restantes venían enumerados ordenadamente como segundo, tercero, y así sucesivamente[113]. [...].

La tercera categoría de semana es la que tiene lugar con motivo de la celebración de Pentecostés. Consta de siete semanas de días y una unidad, o sea, cincuenta días completos. Fue en este día cuando Moisés, subiendo al monte en llamas, recibió del cielo la Ley [cf. Dt 6,9] , y cuando Cristo envió del cielo al Espíritu Santo en forma de lenguas de fuego [cf. Hch 2,1].

La cuarta era la semana del séptimo mes, dedicado casi en su totalidad a esplendorosas solemnidades [cf. Lev 23]. Entre ellas sobresalía, particularmente, el día de la Propiciación, el único día del año en el que el sumo pontífice, quedándose el pueblo fuera, entraba en el *Sancta Sanctorum* con los frutos del año recolectados anteriormente, según el orden en que vienen producidos, esto es, el trigo, el vino y el aceite, significando que Jesús, pontífice sumo, por la total entrega de su carne en virtud [del derramamiento] de su propia sangre, atravesará las puertas del reino celeste, para aparecer entonces con el [**297**] rostro de Dios en favor de nosotros, que aguardamos fuera y deseamos ardientemente su llegada. Aquí hay que hacer notar que así como estaba ordenado[114] que algunas personas, inmundas según la Ley, fuesen purificadas en los días primero, tercero y sexto solemnes [cf. Lev 19,12], se ordenaba también que los meses primero, tercero y séptimo, cada uno con sus propias ceremonias, sobresalieran como solemnes [cf. Éx 23,1.15.24].

La quinta semana era la del séptimo año, a lo largo del cual el pueblo, por mandato de la Ley, cesaba de todo trabajo relativo al cultivo del campo, según lo que había dicho el Señor: «*Seis años trabajarás el campo, el séptimo descansarás*» (Lev 25,3).

La sexta es la del año jubilar, es decir, la semana de la remisión, que constaba de siete semanas de años, es decir, de cuarenta y nueve años y que, una vez completada, o sea, al comenzar el quincuagésimo año, resonaban con más fuerza las trompetas y se devolvía a todos sus antiguas posesiones según la Ley [cf. Lev 25,8 ss.] [...].

La séptima clase de semana —la que utiliza el profeta Daniel— es la que abarca, de acuerdo con la Ley, [setenta] semanas de siete años cada una, pero abreviando esos mismos años, conforme a un modo nuevo de contar, es decir, fijando cada uno de ellos en [**298**] doce meses lunares, pero añadiendo los meses embolismales —con los que se suele acrecentar cada año en doce días, según la ley del lugar— al tercer año o al siguiente; pero, cuando en su crecimiento [los meses embolismales] llegaren a alcanzar el número doce, introduciéndolos con igual reparto por todo el año. Esto lo hizo [Daniel] no para impedir el conocimiento de la verdad a los que la

[113]TL, *dies quae suo nomine et cultu singulari excellebat*; Beda: *dies esse potuerint, sed quod a requietionum die, quae suo nomine et cultu singulari excellebat*.

[114]TL, *videbantur*; Beda, *iubebantur.*

buscaran, sino —según suele pretender el lenguaje profético— para agudizar el ingenio de esos mismos buscadores, prefiriendo, sin duda, que sean los hijos quienes con todo cuidado y gracias a un saludable esfuerzo busquen sus perlas ocultas, antes que, esparcidas por ahí, con despreciable desdén las pisoteen los cerdos [cf. Mt 7,6].

Pero a fin de que estas cosas brillen con luz aún más clara, veámoslas según las dijo el ángel al profeta: «*Se han abreviado setenta semanas sobre tu pueblo y sobre tu ciudad santa, para que fenezca la prevaricación y tenga fin el pecado, y sea traída la justicia perdurable, y halle cumplimiento la visión y la profecía, y sea ungido el Santo de los Santos*» (Dan 9,24).

Sin lugar a duda alguna, estas palabras hacen referencia a la encarnación de Cristo, que quitó el pecado del mundo [cf. 1Jn 1,29], dio cumplimiento a la Ley y los Profetas [cf. Mt 5,17] y fue ungido con el óleo de la alegría en favor de los suyos [cf. Heb 1,9]. Y sin lugar a duda alguna también, las setenta semanas de siete años cada una hablan de cuatrocientos noventa años.

Pero hay que señalar que estas semanas no vienen sencillamente indicadas o contadas, sino que se dice que están abreviadas, es decir, que advierten ocultamente al lector que los años indicados son más cortos que de costumbre. Dice: «*Sabe, pues, y nota atentamente: desde la salida de la palabra, para que Jerusalén sea otra vez edificada, hasta Cristo príncipe, serán siete semanas y sesenta y dos semanas, y de nuevo será edificada la plaza y los muros en la angustia de los tiempos*» (Dan 9,25).

Por la narración de Esdras [cf. Neh 2,1 ss.], sabemos que, siendo Nehemías copero del rey Artajerjes, en el vigésimo año de su reinado, en el mes de Nisán, obtuvo licencia de éste para reconstruir las murallas de Jerusalén —el templo había sido reconstruido mucho tiempo atrás el templo con permiso de Ciro [Esd 1,2]— y que dichos trabajos se llevaron a cabo (como se ha dicho) con apremio de tiempo, es decir, se cuenta que hasta tal punto fueron obstaculizados en la tarea por las naciones limítrofes que todos los que trabajaban en la construcción, llevando ceñida la espada, con una mano luchaban y con la otra reconstruían las murallas [cf. Neh 4,10-12].

Así, pues, desde este tiempo hasta Cristo caudillo, se computan setenta semanas de años, es decir, cuatrocientos noventa años de meses lunares, que equivalen a cuatrocientos setenta y cinco años solares, según los supuestos siguientes: primero, que los persas, desde el anteriormente mencionado año vigésimo del rey Artajerjes hasta la muerte de Darío, reinaron ciento dieciséis años; segundo, que, a continuación, el dominio macedonio, hasta la muerte de Cleopatra, se prolongó durante trescientos años; y tercero, que, finalmente, los romanos, hasta el año decimoséptimo de César Tiberio, ostentaron el poder otros cincuenta y nueve años.

Estos tres períodos juntos suman —como hemos dicho— cuatrocientos setenta y cinco, y se contienen en veinticinco ciclos de diecinueve años cada uno, pues diecinueve por veinticinco son cuatrocientos setenta y cinco. Y, puesto que dichos años se acrecientan con siete ciclos embolismales, se tiene como resultado que, si se multiplica veinticinco por siete, dan ciento setenta y cinco, que son los meses embolismales de los cuatrocientos setenta y cinco años.

Por tanto, si quieres saber cuántos años lunares hacen, divide ciento setenta y cinco por doce, ya que doce veces catorce hacen ciento sesenta y ocho años, y quedan siete meses. A los ya mencionados cuatrocientos setenta y cinco añádeles estos [catorce], [y verás que] suman juntos cuatrocientos ochenta y nueve. Añade también los siete meses restantes y la parte del décimo octavo año del reinado de Tiberio, durante la cual el Señor sufrió pasión, y hallarás que desde el tiempo anteriormente fijado hasta el momento de la pasión [transcurren] setenta semanas abreviadas de años, es decir, cuatrocientos noventa años lunares.

Pero hasta el momento de su bautismo —cuando el Santo de los santos fue ungido por el descendimiento sobre él del Espíritu divino en forma de paloma [cf. Lc 3,22]— transcurrieron no sólo sesenta y siete semanas [de años] completas, sino la parte también de la septuagésima semana [de años] ya comenzada. Dice: «*Y después de sesenta y dos semanas* [de años] *será muerto el Cristo, y ya no será más suyo el pueblo que lo negará*» (Dan 9,26).

No inmediatamente después de las setenta y dos semanas [de años], sino al final de la septuagésima fue muerto Cristo.

Por la siguiente razón —en cuanto podemos conjeturar— la separó [Daniel] de las demás: porque sobre ella había de referir muchas más cosas. En efecto, durante ella fue también crucificado Cristo y la perfidia del pueblo lo rechazó no sólo en la pasión, sino, de manera continua, desde que Juan empezó a predicar.

Pero lo que a continuación sigue, es decir, «*Y un pueblo, con un caudillo venidero, destruirá la ciudad y el santuario; la devastación será su fin y, después del fin de la guerra, la desolación decretada*» (Dan 9,26), no pertenece a las setenta semanas. Había sido predicho, en efecto, que dichas semanas se prolongarían hasta el caudillaje de Cristo; pero la Escritura —predichos su advenimiento y pasión— muestra también qué suerte habría de correr, después de ésta, el pueblo que no había querido recibirlo. Efectivamente, llama *caudillo venidero* a Tito, el cual, en el cuadragésimo año de la pasión del Señor, a una con el pueblo romano, de tal modo devastó la ciudad y el santuario que no quedó piedra sobre piedra [cf. Mt 24,2; Mc 13,2; Lc 21,6].

En verdad —tras deslizar anticipadamente estas cosas— regresa enseguida a la exposición del desenlace de la semana que había dejado en suspenso: «*Y afirmará su alianza con muchos en un sola semana*» (Dan 9,27), es decir, la semana última, en la que Juan Bautista, el Señor y los apóstoles lograrán con su predicación la conversión de muchos a la fe. «*Y en medio de esta semana cesará la víctima y el sacrificio*» (Dan 9,27). La mitad de esta semana era el año decimoquinto del emperador Tiberio, cuando, una vez comenzado el bautismo de Cristo, la purificación de las víctimas comenzó paulatinamente a perder su valor para los fieles.

También lo que sigue, es decir, «*Y será en el templo la abominación de la desolación, y durará la desolación hasta la consumación y el fin*» (Dan 9,27), corresponde [**299**] a los tiempos que vendrán, cuya verdad profética queda confirmada tanto por la historia de los antiguos como por lo que podemos constatar hoy en nuestro tiempo.

La octava clase de semana —uniforme y lineal—, paralela en todo a los acontecimientos de la primera semana, comprende las sucesivas etapas por las que este mundo va atravesando.

En efecto, en el primer día fue hecha la luz [cf. Gén 1,3] y, en la primera etapa, el hombre es colocado en la felicidad del paraíso [cf. Gén 2,15]. Separada la luz de las tinieblas, pasó una tarde [cf. Gén 1,3]; y separados los hijos de Dios de la semilla maldita, no mucho después —al nacer los gigantes— fue corrompida la tierra [cf. Gén 3-6], hasta que el Creador, habiéndose arrepentido de haber creado al hombre determinó destruir el mundo mediante el diluvio [cf. Gén 6,6].

En el día segundo, el firmamento es colgado en medio de las aguas [cf. Gén 1,5]; y, en la segunda etapa, el arca es hecha avanzar a través de las aguas, transportada de un lado por la fuente del abismo, bañada del otro por las cataratas del cielo [cf. Gén 7,11.17]. Esta [segunda etapa] conoció su tarde, cuando los hijos de Adán, que se habían desplazado desde Oriente, habiendo determinado construir la torre de la soberbia, fueron castigados con la división de las lenguas y dispersados entre sí [cf. Gén 11,4-9].

En el día tercero, obligadas las aguas a congregarse en un solo lugar, apareció tierra seca y apropiada para bosques y yerbas [cf. Gén 1,9-13]; y, en la tercera etapa, afianzadas las naciones en el culto de los demonios, el patriarca Abrahán, dejando su parentela y su patria, es fecundado por la semilla de los santos [cf. Gén 12]. Llegó también la tarde, cuando el pueblo hebreo, forzado por males que instaban contra la voluntad de Dios, pidió para sí un rey [cf. 1Sam 8,5], el cual, luego de ser nombrado, da primero muerte cruel a los sacerdotes y profetas del Señor y, después, él mismo junto con toda su gente perece bajo la espada de gente extranjera [cf. 2Sam 31,4].

En el cuarto día el cielo es embellecido con luminarias [cf. Gén 1,14]; y, en la cuarta etapa, aquella nación, esclarecida por la fe del cielo y gloriosa por el reino de David y Salomón, es honrada también en el orbe entero por la excelsitud de su templo santísimo [cf. 2Sam 2-1Re 9]. Pero le llegó también la tarde, cuando, al multiplicarse los pecados, fue devastado aquel reino por los caldeos, destruido su templo y deportada toda su gente a Babilonia [cf. 2Re 24-25].

En el día quinto fueron creados los peces y las aves, salidos todos ellos de las aguas [cf. Gén 1,20]. Los primeros permanecen en los mares paternos; los segundos sobrevuelan los aires y la tierra. En la quinta etapa, habiéndose multiplicado el pueblo de Israel en tierras caldeas, sostenida una parte por las alas de los deseos celestes, marcha de regreso a Jerusalén; la otra, desposeída del vuelo de las virtudes, se queda a residir junto a los canales de Babilonia [cf. 1Crón 1]. Llega también la tarde, cuando —inminente ya el advenimiento del Salvador— el pueblo judío, por la enormidad de sus delitos, es hecho tributario de Roma y sometido además a reyes extranjeros [cf. Lc 2,1-2].

En el día sexto la tierra viene poblada de animales y el primer hombre es creado a imagen de Dios [cf. Gén 1,24-27]; luego, sacada una costilla del costado del hombre durmiente, fue hecha la mujer [cf. Gén 2,21-22]. En la sexta etapa y tal como habían predicho los profetas, para recrear al hombre a imagen de Dios, el Hijo de Dios apareció en la carne [cf. Jn 1,14]; y, al dormirse en la cruz, hizo fluir de su costado agua y sangre, consagrándose así su Iglesia [cf. Jn 19,34]. La tarde de esta etapa, más oscura que las anteriores, está en la persecución del Anticristo.

El día séptimo, concluidas ya todas sus obras, Dios descansó y, santificándolo [cf. Gén 2,2-3], ordenó que se llamara *sábado* [cf. Éx 31,12-17]. Leemos que este día ya no tiene tarde, pues en la séptima etapa descansan perpetuamente en la otra vida las almas de los justos, tras los muy numerosos trabajos realizados en ella. Esta vida nueva ya nunca será manchada por tristeza alguna, sino que será colmada, [**300**] antes bien, por la mayor gloria de la resurrección. Esta etapa comenzó para los hombres, cuando Abel —el mártir primero— entró con su cuerpo ciertamente en el sepulcro, pero penetró con su espíritu en el sábado del descanso eterno. Llegará, sin embargo, a su total acabamiento, cuando los santos, una vez recobrados los cuerpos en su tierra, posean los dos: su alegría será perpetua.

Y éste —según creo— es el sentido de la *octava* que se encuentra en el encabezamiento del salmo sexto: que en las seis primeras etapas de este mundo se ha de suplicar por la séptima u *octava*. Puesto que en ella para los justos estarán reservados los gozos y para los malvados los suplicios, de ahí que el salmo con ingente pavor comience, se desarrolle y acabe: «*Señor, no me reprendas en tu furor, ni me castigues en tu ira*, etc.» (Sal 6,1)[115].

[115]Sigue *Rab.*

CAPÍTULO DÉCIMO

SOBRE LOS MESES[116]

La palabra *menses* [meses] viene *mensura*, esto es, de la medida por la cual cada uno de ellos es medido. Pero quizá provenga mejor de *luna* [luna], que los griegos llaman *mênê*. En efecto, también entre los hebreos —según atestigua Jerónimo— la luna, que ellos llaman *iare*, dio nombre a los meses. De ahí que Jesus ben Sirac, que ciertamente escribió en hebreo, hable de la luna diciendo: «*El mes toma nombre de ella*» (Sir 43,8).

Y es que, efectivamente, los antiguos solían calcular los meses no según el curso del sol, sino del de la luna. Por ello, cada vez que en sagrada Escritura —en la Ley o antes de la Ley— se indica en qué día del mes se dijo o se hizo algo, de ninguna otra cosa se está hablando que de la fase en que se hallaba la luna, conforme a la cual los hebreos —a quienes «*les fueron confiados los oráculos de Dios*» (Rom 3,2)—, siguiendo la antigua costumbre de los padres, jamás dejaron de llevar el cómputo de los meses.

Al primer mes de las cosas nuevas, que es consagrado con las ceremonias de la Pascua, lo llamaron *Nissan.* Este mes, debido al irregular recorrido de la luna, unas veces cae en Marzo y otras cae en Abril, llegando, a veces, incluso a ocupar algunos días de Mayo. Pero, por lo general, se lo considera como el mes de Abril, porque siempre comienza o termina en él o con él coincide, observada solamente la siguiente regla, de la que también más arriba hicimos mención: que sea la luna, que hubiere el decimoquinto día después del equinoccio, la que complete el primer mes del siguiente año, pero que sea la anterior la que complete el último mes del año precedente y así sucesivamente.

El segundo es el mes de *Iar*, Mayo.

El tercero de *Sivan*, Junio.

El cuarto de *Thamul*, Julio.

El quinto de *Aab,* Agosto.

El sexto de *Elul*, Septiembre.

El séptimo de *Theseri*, Octubre, al que, por la cosecha de los frutos y las numerosas festividades que durante él se celebran, lo llaman *año nuevo*.

El octavo de *Maresuan,* Noviembre.

El noveno de *Casseu,* Diciembre; el décimo de *Tebeth*, Enero.

El undécimo de *Sabat*, Febrero.

El duodécimo de *Adar*, Marzo. Todo ello con una correspondencia aproximada.

Es claro que, como consecuencia del movimiento orbicular de la luna, que tiene una duración de veintinueve días y medio, entre los anteriores meses, alternando cada treinta y cada veintinueve días, una vez cumplido el tercero o cuarto año, intercalan el mes sobrante, que suele estar formado de los once días anuales de las epactas[117]. De aquí que me cree cierta dificultad [entender] cómo computaban nuestros mayores el día en que fue dada la Ley, que es el día tercero del mes tercero, el quincuagésimo del sacrificio del cordero.

Es evidente que éstos colocaban los días sobrantes del primer mes en el número

[116]Sigue BEDA, *De temp, rat.*, 11 (PL 90, 0341 A-0344C).

[117]Número de días en que el año solar excede al lunar común de doce lunaciones.

diecisiete, porque antes de la Pascua ya habían pasado trece días del mes primero, treinta del segundo y tres del tercero, lo que hace un total de cincuenta. [Pero] como consta que dos meses [**301**] lunares duran no sesenta días, sino sólo cincuenta y nueve, por tal razón, si el mes pascual, computado en treinta días, conservara diecisiete días después de la Pascua, debería concluirse que el mes segundo constaría no de treinta días, sino de veintinueve, y que por esta razón en la suma del tiempo mencionado no encontraríamos más que cincuenta y nueve días, a no ser que, acudiendo a la sinécdoque —que es regla muy frecuente en las sagradas Escrituras— se hubiera de considerar que el todo se toma por la parte.

No obstante esto y sea como fuere que se hicieran o se calcularan tales cosas, lo que sí aparece claro es que los hebreos acostumbraron a contar sus meses siguiendo el curso de la luna. Y no de otra manera puede entenderse correctamente aquel pasaje del libro del Génesis donde se dice que Noé, junto con los suyos, entró en el arca el decimoséptimo día del segundo mes [cf. Gén 7,11], y que salió de ella el vigésimo séptimo día de ese mismo mes, después del diluvio [cf. Gén 8,14], sino considerando que se ha descrito un año solar completo, es decir, un año de trescientos sesenta y cinco días. Pues es claro que la luna —tomemos como ejemplo el año en curso— que, por las Nonas de Mayo, vemos el día diecisiete, volverá a aparecer, al año siguiente, por las vísperas de las Nonas de Mayo, el día veintisiete.

Con razón hay que hacer notar que se equivocan grandemente quienes afirman que el mes ha de ser ajustarse —o que los antiguos así lo hicieron— al tiempo que la luna tarda en completar la órbita zodiacal, que, por lo general —como una investigación más diligente de la naturaleza nos ha mostrado—, tarda ciertamente en realizar un Zodíaco completo veintisiete días y ocho horas, pero el tiempo que emplea en su recorrido completo tiene una duración de veintinueve días y doce horas, conservado el cálculo de su salto.

Y ésta es la razón por la que resulta más correcto definir el mes de la siguiente manera: el mes lunar es el giro completo de la luz de la luna y el tiempo que transcurre desde una luna nueva a otra luna nueva; por su parte, el mes solar es la digresión del sol por la duodécima parte del Zodíaco —esto es, del círculo signífero—, que es completada en el tiempo de treinta días y diez horas y media, es decir, veintidós horas y media más que el mes lunar, a partir de las cuales suelen aumentarse once días de las epactas y un cuarto cada año.

Puesto que doce veces multiplicadas por veintidós dan doscientos sesenta y cuatro, aparece así con más claridad que éstas son las horas de once días, porque once veces multiplicadas por veinticuatro dan un mismo resultado. Finalmente, doce veces divididas por la mitad hacen seis, que son las horas anuales del cuarto.

Puesto que la luna —que completa sus doce meses, empleando (como ha quedado dicho) once días y un cuarto menos que los que emplea el sol para completar los suyos—, el movimiento circular del Zodíaco necesita cada vez de un espacio de tiempo de trece días para realizar estas mismas cosas[118].

|Ahora bien, en sentido alegórico, el mes —que recibe nombre de la luna y se mide según las fases de ésta— significa coadunación o progreso de la santa Iglesia. De ahí que leamos en el libro de Job: «*¿Quién me diera que yo fuese como en los meses antiguos?*» (Job 29,2)[119] ¿Qué se indica con el nombre de *meses*, sino el conjunto de las almas o también la perfección? Que,

[118]Sigue *Rab.*

[119]Sigue GREG. M., *Moral.*, 19,17,37 (PL 76, 0106C-0197A).

por las palabras de Job, se acuerde, pues, la Iglesia de la perfección primitiva y traiga a la memoria cuántas ganancia reportaba la perfección de su predicación al conjunto de las almas[120].

El número de doce meses representa a los Apóstoles, como en el Apocalipsis: «*Dando cada mes su fruto*» (Apc 22,2)[121].

El mes —al igual que el sábado— lo encontramos usado con el sentido de descanso sempiterno, como se lee en Isaías: «*Y será de mes en mes y de sábado en sábado*» (Is 66,23), en modo que de sábados y meses carnales resulten [**302**] deliciosos sábados espirituales. Este sabatismo queda reservado para el pueblo de Dios [cf. Heb 4,9], y el mes espiritual, cuando sea luna llena y haya recorrido ésta todas sus fases, de manera que el calendario haga un mes completo.

Ahora bien, que la luna —cuya luz viene del sol— signifique la Iglesia iluminada por Cristo es cosa que no necesita explicación.

El sábado significa descanso. Vienen de los novilunios y sábados, que, pasados los seis días en que fue hecho el mundo, se apresuran al día séptimo, es decir, al sábado en el que está el verdadero descanso: «*Vendrá toda carne para adorar en mi presencia, dice el Señor*» (Is 66,23), es decir, no sólo el pueblo judío ni tampoco sólo Jerusalén, sino que todo el género humano[122], esparcido por el mundo entero, vendrá, para adorar al Padre en espíritu y en verdad (Jn 4,23)|.

CAPÍTULO UNDÉCIMO

SOBRE LA SUCESIÓN DE LAS CUATRO ESTACIONES[123]

Las estaciones del año son cuatro: primavera, verano, otoño e invierno. [En latín] reciben el nombre de *tempora* debido a la combinación proporcionada de su correspondencia mutua, ya que se atemperan[124] recíprocamente, en virtud del grado de humedad, sequedad, calor y frío. Se las llama también *curricula*, pues nunca están quietas, sino siempre corriendo[125].

Ahora bien, es cosa evidente que, tras la creación del mundo, en función de la situación del recorrido del sol, cada estación fue separada de la siguiente por un espacio de tres meses. Tal separación la hacen los antiguos en modo que a la primavera en su primer mes se le llama *nova* [nueva]; en el segundo, *adulta* [crecida]; en el tercero, *praeceps* [declinante]. Lo mismo sucede respectivamente con los tres meses del verano, otoño e invierno: mes nuevo, crecido y declinante o extremo. De aquí aquel verso de Virgilio[126]: *A la caída última del invierno*.

Ver [primavera] es la estación del año que recibe dicho nombre porque con ella el campo

[120]Sigue *Clav.*, 4,71 (pág. 21).

[121]Sigue *Rab.*; cf. HIER., *In Is.*, 18,66,23 (PL 24, 0674B-C; 0675 A.C); cf. *Clav*., 3,20 (pág. 13).

[122]Sigue *Rab.*

[123]Sigue *Etym*., V,35,1-8.

[124]*Tempora > temperare.*

[125]*Curricula > currere.*

[126]VIRGILIO, *Georg.,* I,340: *Extremae sub casu hiemis.*

empieza a verdear[127], pues, tras el invierno, la tierra se viste de hierbas y toda ella se llena de flores.

Aestas [verano] [...] es, como si dijéramos, *usta*, es decir, quemado y árido, pues el calor es árido.

El *autumnus* [otoño] es la estación en la que los árboles se quedan sin flores y ya todo está maduro.

Al *hiems* [invierno] se le llamó así en razón del hemisferio[128], ya que es entonces cuando el sol describe su órbita más corta. De ahí también que a esta estación se la llame *bruma*, como si [en griego] dijéramos *bráchys*, es decir, breve. Puede ser también que dicho nombre provenga del latín *cibum* [comida], ya que es en este tiempo cuando las ganas de comer aumentan. A la voracidad, en efecto, se la llama en griego *brôma*. Tal es la razón por la que los inapetentes reciben el nombre de *imbrumarii*. El tiempo invernal es el que se halla entre invierno y la primavera, como si [en latín] dijéramos *hievernus*. Generalmente, tomado el todo por la parte, significa el invierno.

Estas estaciones se adscriben también a cada una de las partes del cielo. En efecto, la primavera viene relacionada con el Oriente, porque durante ella la tierra comienza a germinar todos sus frutos. El verano, con el Mediodía, porque es ésta la parte más castigada por el calor. El invierno, con el Septentrión, pues es ésta una zona entumecida por los rigores del frío y del hielo perpetuo. El otoño, con el Occidente, debido ello a las graves enfermedades que, durante esta época, se producen. Y de ahí también que sea el tiempo de la caída de las hojas. Pero a que durante la estación otoñal abunden las enfermedades contribuye el hecho de la proximidad del frío y del calor y el choque recíproco de vientos[129] contrarios[130].

|Ahora bien, en su sentido místico, la primavera significa la novedad del bautismo o la renovación de la vida, tras el frío de la infidelidad y el torpor de la pereza.

Significa también la resurrección de los cuerpos después de la caída que supone la muerte. De ahí que, en la Ley, ordenara el Señor guardar el mes de las cosas nuevas y el comienzo de la primavera, cuando sacó al pueblo de Israel del [**303**] país de Egipto por en medio del mar Rojo (Éx 14), ordenándole celebrar en dicho mes la fiesta de la Pascua [Éx 12,2]. También en este tiempo, tras sufrir pasión, resucitó el Señor de la muerte y nos infundió la esperanza de nuestra propia resurrección.

El verano, por su parte, es la prefiguración de las alegrías futuras y expresión del fervor de la caridad. De ahí lo que leemos en el salmo: *Tú hiciste el verano y la primavera* (Sal 73,17). Y en Salomón: *Pues ya pasó y retrocedió el invierno; las flores aparecieron el la tierra* (Ct 2,11-12). El verano es la beatitud futura, como en Salomón: «*A causa del frío el perezoso no quiso arar; mendigará en verano y no le será dado*» (Prov 20,4)[131].

Por medio de estas dos estaciones se significan dos tipos de fieles apreciados por cualidades diversas. Unos, en efecto, son como el verano, ardientes por el fuego de la fe que los lleva hasta el martirio. Otros, atemperados por la mansedumbre, son como la primavera, sumisos

[127] *Ver > virere.*

[128] *Hiems > hemispherium.*

[129] TL, *rerum*: Etym., *aerum.*

[130] Sigue *Rab.*; cf. *Clav.*, 4,61-62 (págs. 20-21).

[131] Sigue CASSIOD., *In Psalm.*, 73,16 (PL 70, 0532C).

al Señor con devoción constante. Pues todas las cosas —tanto unas como otras— las hizo Él, por cuya gracia permite ser mostrado en la buena voluntad de los hombres[132].

El otoño, que es cuando se recogen los frutos, es la estación de la mies y de la vendimia, y significa el tiempo del juicio universal, cuando cada cual habrá de recibir la paga de sus propias obras y recoger el fruto de su trabajo, según palabras del Apóstol: *Es necesario que todos comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para recibir cada uno según lo hecho durante su vida portal, el bien o el mal* (2Cor 5,10). «*Porque el que siembra para su carne, de la carne cosechará corrupción; pero el que siembra para el Espíritu, del Espíritu cosechará vida eterna*» (Gál 6,8). En efecto, así dice el Señor en el Evangelio: «*La mies es la consumación del tiempo; los segadores, los ángeles de Dios*» (Mt 13,39). Y en otro lugar: «*Tal es el reino de Dios, como si un hombre que echa la semilla en la tierra: duerma o se levante, de noche o de día, la semilla germina y crece, sin que él sepa cómo. Pues por sí misma la tierra da fruto: primero, la hierba; después, la espiga, y, por último, el grano lleno en la espiga. Y cuando ha producido los frutos, al punto mete la hoz, porque ha llegado el momento de la siega*» (Mc 4,26-29). «*Enviará entonces el Hijo del hombre a sus ángeles y recogerán de su reino todos los escándalos*» (Mt 13,41), *y amarrarán en haces la cizaña para ser quemada*, *pero el trigo lo almacenarán en sus graneros* (Mt 13,30). El otoño significa, otras veces, el tiempo de salvación que ya ha pasado, como en Miqueas: «*¡Ay de mí, que me he hecho como quien recoge racimos en otoño!*» (Miq 7,1).

El invierno, por su parte, significa la tribulación o el término de la vida mortal. De ahí que el Señor, en el Evangelio, ordenara a sus discípulos: «*Orad, para que vuestra huida no sea en invierno o en sábado*» (Mt 24,20)[133]. Si quisiéramos entender esta sentencia con relación a la cautividad de Jerusalén, acontecida en tiempos de Tito y Vespasiano, deben orar a fin de que la huida no tenga lugar en invierno o en día de sábado, porque, en el primer caso, los rigores del frío les impedirán alcanzar el desierto y esconderse en la soledad de los montes; y, en el segundo, si optan por darse a la huida, resultará transgredida la Ley; mas, si deciden quedarse, su muerte será inminente. Ahora bien, si la sentencia hemos de entenderla con respecto a la consumación del mundo, se nos exhorta a que no dejemos enfriar nuestra fe y caridad en Cristo y a que, ociosos en cuanto a las obras que tienen que ver con Dios, no entumezcamos el sábado de las virtudes.

CAPÍTULO DUODÉCIMO

SOBRE EL AÑO[134]

[**304**] La palabra *annus* [año] o bien tiene su origen en la innovación[135] de todas las cosas que suceden según el orden natural, o bien en el retorno periódico del tiempo, porque los antiguos solían utilizar la preposición *am* en lugar de *circum*[136], como dice Catón en su obra de

[132]Sigue *Rab.*; cf. *Clav.*, 4,64 (pág. 21).

[133]Sigue HIER., *In Matth.*, 24,20 (PL 26, 0178B-C); cf. *Clav.*, 4,65 (pág. 21).

[134]Sigue BEDA, *De temp, rat.*, 36 (PL 90, 0462 A-0463B).

[135]*Annus* > *innovare*.

[136]Ambas preposiciones significan *alrededor de*.

los *Orígenes*: *oratorum amterminum*, es decir, *circumterminum*; y *ambire*, esto es, *circumire*[137].

Ahora bien, hay un año *lunar*, un año *solar*, un año conocido como de las *estrellas errantes*, y uno de todos los planetas, que recibe el nombre específico de *magno*.

Por su parte, el *año lunar* viene entendido de cuatro modos diferentes.

El primero es cuando la luna, recorriendo el Zodíaco durante veintisiete días y ocho horas, vuelve al signo del que había partido.

El segundo —más largo en dos días y cuatro horas y que habitualmente recibe el nombre de *mes*— es cuando la luna intenta alcanzar de nuevo el sol, del que en su fase nueva se había alejado, eclipsada ya a los veintinueve días y doce horas exactas.

El tercero es el que consta de doce meses de esta clase, es decir, de trescientos cincuenta y cuatro días y que es llamado *común*, porque con gran frecuencia dos semejantes transcurren de la misma forma.

El cuarto es el que, en griego, recibe el nombre de *embolismós*, es decir, sobre-aumentado, y que tiene trece meses o, lo que es lo mismo, trescientos setenta y cuatro días[138]. Uno y otro tienen comienzo, para los hebreos, al inicio del mes de la Pascua y en ese mismo mes terminan. Pero, para los romanos, empiezan con la luna incipiente del mes de Enero y en ese mismo mes termina.

Existe asimismo un *año solar*, que es cuando el sol regresa al mismo lugar del cielo, una vez transcurridos trescientos sesenta y cinco días y seis horas, es decir, la cuarta parte de un día completo.

La suma cuatro veces de esta parte obliga a intercalar un día completo, que los romanos llaman *bissextus*, con el fin de volver a empezar nuevamente un ciclo idéntico. El cuarto año del ciclo solar es bisiesto, un día más largo que los tres anteriores, terminado el cual, el sol vuelve a emprender su recorrido hacia los mismos lugares de los signos [zodiacales], con las mismas horas de días y noches antes del cuatrienio.

El *año de las estrellas errantes* es aquél en que cada una de ellas ilumina el movimiento circular del Zodiaco, sobre el cual ya hablamos más arriba.

El *año magno* es cuando, a un tiempo, todas y cada una de las estrellas errantes regresan a los respectivos lugares que tuvieron[139], |regreso que también el circulo magno de la Pascua presenta|[140].

El *círculo magno de la Pascua* es el que, multiplicados entre sí el ciclo solar y el lunar, se obtiene un resultado de quinientos treinta y dos años. En efecto, diecinueve veces veintiocho o veintiocho veces diecinueve dan un total de quinientos treinta y dos. De donde se desprende que el dicho círculo magno consta de veintiocho círculos de diecinueve lunas cada uno, pero de diecinueve círculos solares —que suelen consumarse cada veintiocho años—, diez de ellos bisiestos y nueve septenos, es decir, ciento veintitrés, [ciento noventa y cinco[141]] meses solares [embolismales], veintiocho veces doscientos treinta y cinco, esto es, seis mil quinientos ochenta días, exceptuados los bisiestos, veintiocho veces seis mil novecientos veinticinco, o sea, ciento

[137]TL, *in Originalibus oratorum. Annum, id est, circum, terminum*; Beda: *in Originibus, oratorum amterminum, id est, circumterminum*.

[138]TL, *CCCXXXIV*, pero debe leerse, con Beda, *CCCLXXXIV*.

[139]Sigue *Rab.*

[140]Sigue BEDA, *De temp, rat.*, 65 (PL 90, 0519D-0520B).

[141]TL omite *embolismos CXCV*.

noventa y cuatro mil ciento ochenta; pero añadidos los bisiestos, ciento noventa y cuatro mil trescientos trece. [Dicho círculo magno], una vez llevada a término la totalidad descrita de meses y de días, volviendo otra vez sobre sus propios pasos, comienza de nuevo a renovar todo cuanto concierne al curso del sol o de la luna, siguiendo siempre el mismo recorrido que acababa de dejar atrás. Solamente los años de la [**305**] encarnación del Señor siguen cierto curso propio; y las indicciones, cada vez que éstas tienen lugar, ni tienen en cuenta recorrido alguno de los astros ni sucesión alguna del cálculo pascual[142].

|Según el sentido alegórico, los años significan, unas veces, la eternidad; otras, la brevedad de la vida.

En efecto, en aquel dicho profético, donde se dice a Dios: «*Pero tú eres siempre el mismo y tus años no desfallecerán*» (Sal 101,28)[143], su naturaleza es puesta de manifiesto bajo el signo de la brevedad, porque solo Él conoce que existe por sí mismo[144] y que, para existir, no tiene necesidad de colaborador alguno.

Pero en otro lugar, donde está escrito: «*Nuestros años como tela de araña serán considerados*» (Sal 89,9)[145], la comparación pone de relieve la mezquindad de nuestra vida. La araña es, en efecto, un animal débil y de extremada fragilidad, que teje ciertas engañosas telas para procurarse alimento a costa de las moscas que van pasando. Así son los años de los que se han dedicado a obras perversas, ocupándose en artes y maquinaciones dolosas [...].

Pero con respecto a lo que a continuación se dice: «*Pero los días de nuestra vida son en sí setenta años, y en los más robustos, ochenta*, etc.» (Sal 89,10), si dichos años quisiéramos entenderlos en sentido literal, nos encontraríamos con muchos hombres ya de noventa años que gozan de buena salud, y con otros que, sin haber llegado aún a los setenta, están casi apagados por la enfermedad, de manera que lo que aquí se dice a duras penas parecería poder sostenerse. Por tal razón, consideramos que conviene más bien acomodar el número setenta a la Ley que ordena guardar el día del sábado, y aplicar con toda propiedad el ochenta al pueblo cristiano que venera, con santa festividad, el día octavo como el día de la resurrección del Señor [...].

Pero a este número ochenta se le añade la expresión *en los más robustos*, porque sólo con la aparición del Señor, Salvador nuestro, es cuando realmente hemos comenzado a ser robustos. Éstos son, pues, los días de los años que nos confieren la claridad de una vida loable[146].

Año es para algunos Jesucristo el Señor, como dice el salmo: «*Bendecirás la corona del año de tu benignidad y tus campos se llenarán de abundancia*» (Sal 64,12).

Año es el tiempo presente, desde la venida de Cristo hasta la consumación del mundo. En él se predica la penitencia y la remisión de los pecados, como lo que leemos en Isaías: *Para predicar el año de la reconciliación con el Señor y el día de la retribución* (Is 61,2). De aquí que, en el Evangelio, el agricultor diga a su señor: «*Déjala aún este año, hasta que yo cave una fosa en su derredor y le eche un cesto de estiércol*» (Lc 13,8).

Los seis años durante los cuales se prescribe en la Ley que un hebreo, comprado como esclavo por un precio determinado, permanezca al servicio de su señor, pero que, llegado el

[142]Sigue *Rab.*

[143]Sigue CASSIOD., *In Psalm.*, 101,29 (PL 70, 0717B).

[144]TL, *ipse solus novit esse*; Cassiod., *ipse solus per se novit esse*

[145]Sigue CASSIOD., *In Psalm.*, 89,9-10 (PL 70, 0532C).

[146]Sigue *Clav.*, 69-70.72 (pág. 21).

séptimo, recupere su libertad (Éx 21,2), significan el tiempo presente, porque el mundo fue creado en seis días|[147].

El jubileo tiene el significado de año de la remisión, pues se trata de una palabra hebrea y de un número que consta de siete semanas de años, es decir, de cuarenta y nueve años. En él se hacían tocar las trompetas, se devolvía a cada uno sus antiguas pertenencias, se perdonaban las deudas y se confirmaban las libertades [cf. Lev 25].

También nosotros celebramos este número en los días de Pentecostés después de la resurrección del Señor, perdonada toda culpa y pagado el recibo de todo débito, libres ya de toda atadura, en la espera de que nos llegue la gracia del Espíritu Santo.

CAPÍTULO DECIMOTERCERO

SOBRE EL SIGLO[148]

[**306**] Los llamados *saecula* [siglos] están formados de generaciones y se llaman precisamente así, porque se siguen[149]. En efecto, una vez pasados unos, les siguen otros. De aquí que para algunos un siglo sean los cincuenta años que los hebreos llaman *iubilaeum* [jubileo].

Por esta razón, al hebreo que, por su esposa e hijos, amando a su señor, después de perforarse la oreja, es sometido a servidumbre, se le manda servir durante un siglo (Éx 21,6), esto es, cincuenta años[150].

|[La palabra *siglo*] viene usada en lugar de esta vida presente, como en el siguiente ejemplo: «*Alabad al Señor por es bueno, porque su misericordia es por los siglos*» (Sal 117,1 [cf. Sal 105,1])|[151].

Siglo significa el decurso de esta vida, donde míseros son todos los que delinquen, donde necesario es que se conviertan nuestros corazones y pedir misericordia. Pues la condenación es confesar el pecado allí donde ya hay juicio.

Se usa, otras veces, en lugar de eternidad, por ejemplo: «*Se acordó por los siglos de su alianza*» (Sal 104,8)[152], porque todo lo que el Señor promete permanecerá por medio de Él con fidelidad perenne[153].

Significa, otras veces, el tiempo pasado, como por ejemplo: *La misericordia del Señor desde los siglos* (Sal 40,14; [cf. 51,10]), esto es, manifestada en sus fieles desde los comienzos del mundo.

Y *por los siglos de los siglos* [cf. Sal 51,10; cf. 102,17], es decir, en el presente y en el futuro. Así, pues, en esta cita la palabra *siglo* expresa tres veces en términos absolutos la

[147]Sigue *Etym.*, V,37,3-4.

[148]Sigue *Etym.*, V,38,1-5.

[149]*Saecula* > *sequi.*

[150]Sigue *Rab.*

[151]Sigue CASSIOD., *In Psalm.*, 105,1 (PL 70, 0755B).

[152]Sigue CASSIOD., *In Psalm.*, 105,1 (PL 70, 0744C-D).

[153]Sigue *Rab.*

eternidad de Dios[154]. En efecto, Él muestra su misericordia antes de los siglos, a lo largo de los siglos y después de los siglos|[155].

La palabra *aetas* [edad] se emplea, por lo general, en lugar de un año, como en los anales; en lugar de siete, como en el caso del hombre; en lugar de ciento, o en lugar de cualquier tiempo.

De aquí que dicho vocablo venga a significar también aquel espacio de tiempo que abarca muchos siglos. Y se le llama *aetas*, como si se dijera *aevitas*, es decir, semejante al *aevum*[156].

Aevum es, en efecto, la edad perpetua, de la cual no se conoce ni el principio ni el fin. Los griegos lo llaman *aiôn*, porque —entre ellos—, unas veces, se usa en sustitución de *siglo* y, otras, en lugar de *aeternitas* [eternidad], significado este con que pasó a la lengua latina.

Pero, en sentido propio, se dice *edad* según dos modos distintos: uno con relación al hombre, como infancia, juventud, vejez, y otro con relación al mundo, cuya primera edad va desde Adán a Noé; la segunda, desde Noé a Abrahán; la tercera, desde Abrahán a David; la cuarta, desde David hasta la deportación de Judá a Babilonia; la quinta, desde ahí hasta la venida en carne del Salvador; la sexta, en la que ahora estamos, hasta la consumación de este mundo[157].

|Así, pues, la edad de este mundo puede hallar comparación en la edad del hombre|.

CAPÍTULO DECIMOCUARTO

SOBRE LAS SEIS EDADES DEL MUNDO[158]

Sobre las seis edades de este mundo, y[159] sobre la séptima y octava del descanso y vida celestiales ya más arriba algunas cosas rápidamente dijimos, al comparar dichas edades con la primera semana en que este hermoso mundo fue creado. También ahora y tomando como comparación la edad del hombre —al que los griegos suelen llamar *microkósmos*, es decir, mundo en pequeño—, sobre estas mismas cosas un poco más ampliamente nos disponemos a disertar.

La primera edad de este mundo es la que va desde Adán hasta Noé. Según el texto hebreo, consta de mil seiscientos cincuenta y seis años; pero, según la versión de los [**307**] LXX, consta de dos mil doscientos cuarenta y dos; diez generaciones, según una y otra edición.

La última de estas generaciones fue destruida por el diluvio universal, de manera parecida a como la primera edad del hombre suele quedar hundida en el pozo del olvido, pues ¿quién hay que recuerde su más remota infancia?.

La segunda edad del mundo abarca desde Noé hasta Abrahán y consta, según la autoridad de la biblia hebrea, de diez generaciones formadas por doscientos veintidós años, aunque, según la versión de los LXX, los años son mil setenta y dos y once las generaciones.

Esta segunda edad fue como la puericia del género del pueblo de Dios. Por tal razón, a

[154]Sigue CASSIOD., *In Psalm.*, 102,17 (PL 70, 0724B).

[155]Sigue *Etym.*, V,38,3-5.

[156]*Aetas* > *aevitas / aevum*.

[157]Sigue *Rab.*

[158]Sigue BEDA, *De temp, rat.*, 66 (PL 90, 0520B-0521C).

[159]TL, *a*; Beda *ac.*

lo largo de ella, fue inventada la lengua, es decir, el idioma hebreo. En efecto, el hombre empieza a saber hablar a partir de la puericia, es decir, tras la infancia, edad que recibe este nombre precisamente por eso, porque no se sabe hablar.

La tercera edad del mundo abraza desde Abrahán hasta David y, según la autoridad de ambas ediciones, está formada por catorce generaciones, distribuidas en mil cuatrocientos cuarenta y dos años.

Ésta fue como la adolescencia del pueblo de Dios, porque, a partir de dicha edad, el hombre comienza a poder engendrar, razón por la cual el evangelista Mateo dio comienzo a su evangelio a partir de Abrahán, que fue constituido también padre naciones, cuando le fue cambiado el nombre (Gén 17,5).

La cuarta edad del mundo se extiende desde David hasta la deportación a Babilonia y consta, según la verdad hebrea, de cuatrocientos setenta y tres años, aunque, según los LXX, son doce años más. Sin embargo, en ambas ediciones, las generaciones son diecisiete. No obstante, el evangelista Mateo, en gracia de cierto misterio, habla sólo de catorce.

A partir de esta edad, como sucede con la juventud, comenzó en el pueblo de Dios el tiempo de los reyes. En efecto, esta edad de la vida del hombre suele ser la adecuada para gobernar un reino.

La quinta edad del mundo, como si dijéramos la edad senil, que abarca desde la deportación a Babilonia hasta la venida en la carne del Señor Salvador, consta también ella de catorce generaciones a lo largo de quinientos ochenta y nueve años.

En ella, como en los años de la pesada vejez, el pueblo hebreo viene sacudido por toda suerte de desgracias.

La sexta edad del mundo, donde ahora estamos, es una edad formada por ninguna sucesión precisa de generaciones o de tiempos; pero, como con la edad de la decrepitud sucede, habrá de ser consumida[160] por la muerte del mundo en su totalidad.

Quienes, con muerte feliz, resultaron vencedores de estas edades del mundo, desgraciadas y llenas de fatigas, puesta ya su mirada en la sexta edad del sábado que no acaba, esperan la octava edad de la feliz resurrección, en la que reinarán con el Señor para siempre|.

CAPÍTULO DECIMOQUINTO

SOBRE LAS FESTIVIDADES[161]

La palabra *festivitas* [festividad] viene de *festi dies* [días festivos], como si [en latín] dijéramos *festiditas*, porque, durante ellos, sólo se celebran cosas que tienen que ver con lo divino.

Lo contrario son los *fasti* [fastos], durante los cuales se promulga[162] —es decir, se decreta— el derecho.

Solemnitas [solemnidad] se la llama así por su relación con lo sagrado. Se trata de una

[160]TL, *consumenda*; Beda, *consummanda.*

[161]Sigue *Etym.*, VI,18,1-16.

[162]*Fari ius > fastum.*

fecha de tal modo reservada que, por su sentido religioso[163], en absoluto debe ser modificada. Su nombre viene de *solum* [suelo], es decir, firme y sólido.

Celebritas [celebridad], por su parte, recibe este nombre, porque en ella no se trata de las cosas terrenas, sino únicamente de las divinas.

Pascha [Pascua] es la primera de todas las festividades. Sobre este vocablo ya hemos hablado anteriormente.

Pentecoste [Pentecostés], al igual que la Pascua, era para los hebreos un día de gran importancia. Su celebración tenía lugar cincuenta días después de la Pascua, número del que toma su nombre, pues, en griego, *pénte* significa *cinco*. En cumplimiento de la Ley [cf. Lev 23,16], se ofrecían en este día los panes de la proposición de los nuevos frutos. Esta figura fue asumida en el Antiguo Testamento por el año jubilar, y representa también hoy, de manera figurada, el descanso eterno de la repromisión.

Epiphania [Epifanía] es un término griego que se traduce al latín por *apparitio* [aparición] o *manifestatio* [manifestación]. En este día, en efecto, Cristo se manifestó a los [**308**] Magos, guiados por una estrella, para que lo adoraran [cf. Mt 2,11], primicia este hecho de la fe de los pueblos gentiles. También en este día tuvieron lugar el misterio del bautismo del Señor [cf. Mc 1,9-11; Mt 3,13-15; Lc 3,21-22] y del agua convertida en vino, comienzo de los signos realizados por medio del Señor [cf. Jn 2,9]. Ahora bien, dos son las epifanías: la primera es aquélla en la que Cristo, por el anuncio del ángel, se apareció a los pastores hebreos; la segunda es la que a los magos adoradores, venidos de la gentilidad, una estrella los guió hasta la cuna del pesebre.

Scenopegia, palabra procedente del griego y traducida al latín por *tabernaculorum dedicatio* [dedicación de las tiendas], es la solemnidad hebrea que los judíos celebraban en memoria de su salida de Egipto, cuando habitaban en tiendas. De ahí le viene el nombre, pues *skênê* significa, en griego, *tienda*. Los hebreos celebran dicha solemnidad en el mes de Septiembre.

Neomenia son para los hebreos lo que para nosotros son *kalendae* [calendas], porque ellos calculan los meses según el ciclo lunar, y luna, en lengua griega, se dice *mênê*. De aquí la palabra *neomenia*, esto es, *nova luna* [luna nueva]. Según prescripción de la Ley, entre los hebreos las calendas eran, en efecto, días solemnes. De ellos está escrito en el salterio: *Cantad al comienzo del mes con la tuba, en el día insigne de vuestra solemnidad* (Sal 80,4).

Encaenia es la fiesta de la nueva dedicación del templo, pues, en griego, *kainós* significa *novus* [nuevo]. Así, cuando algo nuevo es dedicado, se dice *encaenia*. Esta solemnidad de la dedicación del templo la celebraban[164] los judíos en el mes de Octubre.

Dies palmarum [día de las palmas]. Se llama así porque en él —según cantó el profeta (Zac 9,9)— el Señor y Salvador nuestro, cuando se dirigía a Jerusalén, se presentó montado sobre un borriquillo. Entonces, la muchedumbre de la gente, saliéndole al encuentro con ramas de palmera, empezaron a gritar diciendo: «*Hosanna, bendito el que viene en el nombre del Señor, el rey de Israel*» (Mt 23,39; [cf. Jn 12,13]). Pero el vulgo da a este día el nombre de *capitilavium*, porque es costumbre en él lavar la cabeza de los niños que van a ser ungidos, de modo que no accedan a la unción sucios por la observancia de la cuarentena. También en este día, debido a la

[163]TL, *ob religionem Christi non*; Etym., *ob religionem non.*

[164]TL, *colebant*; Etym., *celebrabant.*

proximidad de la solemnidad de la Pascua del Señor, a los que ya están preparados se les hace entrega del símbolo, para que quienes están a punto ya de recibir la gracia de Dios conozcan la fe que van a profesar.

Coena dominica [Cena del Señor] es llamada así porque en este día el Salvador celebró la Pascua con sus discípulos, cosa que también hoy, según la tradición, se sigue celebrando. En este día también se bendice el crisma y se proclama el comienzo del año nuevo y la terminación del viejo.

CAPÍTULO DECIMOSEXTO

SOBRE EL SÁBADO[165]

La traducción propia de la palabra hebrea *sabbatum* [sábado] es *requies* [descanso], porque en él, una vez concluida la creación del mundo, descansó Dios.

También en este día descansó el Señor en el sepulcro, para confirmar el misterio del descanso aquel que a los judíos les fue ordenado guardar como sombra del descanso futuro. Pero, después de que, por su sepultura[166], Cristo llevó a cumplimiento lo que aquel primer descanso prefiguraba, cesó también su observancia.

CAPÍTULO DECIMOSÉPTIMO

SOBRE EL DOMINGO[167]

La palabra *dominicus* [domingo] tiene su origen en que en este día se celebra la resurrección de nuestro Señor[168]. Fueron los cristianos, no los judíos, quienes [**309**] proclamaron este día como el de la resurrección del Señor, y, por ella, comenzó a gozar de festividad propia.

Para los judíos, la tradición consistía únicamente en la celebración del sábado, ya que antes [sólo] había descanso de los muertos y no se consideraba la resurrección de nadie que, levantándose de entre los muertos, [**310**] ya no moriría más.

Pero, una vez acontecida en el cuerpo del Señor dicha resurrección, a fin de que precediera en la cabeza [de la Iglesia] lo que al final esperaba su cuerpo[169], comenzó a celebrarse ya el domingo, es decir, el día octavo, que es también el primero.

---

[165]Sigue *Etym.*, VI,18,17-18.

[166]TL, *in sepulcro suo*; Etym., *sepultura sua.*

[167]Sigue *Etym.*, VI,18,19-21.

[168]TL, *nostri declarata est. Qui*; Etym., *nostri gaudium celebratur.Qui.*

[169]TL, *capite quod corpus Ecclesiae speraret in fine, iam*; Etym., *capite Ecclesiae quod corpus Ecclesiae speraret in finem, iam.*